

La Ilustración Artística

AÑO XXXIII

BARCELONA 4 DE MAYO DE 1914

NÚM. 1.688

ROMA. - EXPOSICIÓN DE LA SECESIÓN. 1914



RETRATO DE LA SEÑORA BORGESE, modelado por Arturo Dazzi
(De fotografía de César Faraglia, remitida por Carlos Abeniacar.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El molino*, cuento de Julio Hoyos. — *Nápoles. La XXXVI Exposición de la Sociedad «Promotrices»*. — *México. La intervención de los Estados Unidos*. — *París. Las elecciones legislativas*. — *Madrid. Exposición Zuloaga*. — *El nuevo obispo de Solsona Dr. D. Francisco Vidal Barraquer*. — *Baile blanco*, novela original de Matilde Alanic, ilustraciones de Simont. — *Madrid. La Exposición de los Exploradores de España*. — *Marruecos. Fraternidad franco-española*. — *Monumento a Verdi en San Francisco*. — *Libros*. — *Inauguración de un monumento al aviador Garrós*. — *Nueva artillería aérea*.

Grabados. — *Retrato de la señora Borgese*, modelado por Arturo Dazzi. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración a *El molino*. — *Bailarina*, cuadro de Miguel Pizzuti. — *Gina*, cuadro de José de Sanctis. — *Una taza de té*, cuadro de Pedro Scoppetta. — *En la villa Cassano, en Portici*, cuadro de E. Dalbono. — *Alma en pena*, cuadro de Rubens Santoro. — *El general Maas*. — *El general Fred Funsten*. — *Notas de México, París, Madrid, Marruecos, San Francisco de California y Saint-Raphael*. — *San José Oriol taumaturgo; Muerte de San José Oriol*, cuadros de Juan Llimona. — *Dr. D. Francisco Vidal Barraquer*. — *El general Baumgarten*. — *El general Jordana*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Desde que suprimieron un impuesto odioso, vejatorio, cruel, que pesaba sobre las clases pobres, etcétera, etc. — ya se adivinará que todo esto va con los consumos —, la vida es más cara que nunca, todo está «por las nubes», frase predilecta de las amas de casa y las patronas de huéspedes.

No faltaba quien vaticinase esto antes de la supresión: que íbamos a estar mucho peor; que ningún expendedor de subsistencias rebajaría un céntimo por concepto de haber desaparecido los consumos. Y así fué; pero, como aquí no hay verdadera preocupación social, sino que todo se reduce a política y más política, el fin político era lo que se perseguía, y para lograrlo, no se reparaba en los resultados presumibles de la modificación.

La carestía de Madrid es un hecho comprobado, y su progreso debe alarmar a los sociólogos y economistas. La supresión de los consumos (que estaban organizados en forma absurda y depresiva, eso es cierto, pero eran impuesto directo y lógico) ha elevado, en vez de abaratarlos, los precios de los artículos de primera necesidad, haciendo ascender igualmente el coste de las viviendas, al ser recargadas las fincas urbanas con nuevos impuestos y gravámenes.

Bromas, quejas, caricaturas y comentarios de toda especie dictó a la prensa, estos días, la subida del coste de las patatas. En un gráfico, un esposo galante presenta a su adorada consorte, en vez de un ramo de perfumadas flores, un cestillo lleno de los tubérculos que impuso Parmentier, como el obsequio más preciado que, en estos momentos, podía ofrecerle...

* *

No es de presumir que esta alza haya influido en el caso de haberse deshecho, ahora mismo, varias bodas concertadas; pero, sin relacionar lo que no guarda relación, diré que las bodas se dificultan, en todas las clases sociales, cuando las circunstancias económicas no son halagüeñas. Y acaso más en las altas clases. Porque los pobres no miran tanto al porvenir: con salir del día se contentan, y esperan siempre en algo que no definen, en una mejora de situación, en la lotería; para soñar les basta con muy poco... Y las clases más o menos altas, pero que, en suma, tienen exigencias de posición, múltiples y apremiantes, en vez de esperar, temen. Temen lo que se les viene encima, de obligaciones, compromisos, gastos, complicaciones de toda especie, y, este temor hace vacilar y hasta extinguirse antes de iluminar a nadie, la consabida antorcha.

Creyérase que dos individuos de la humana especie, que se unen para fin tan lícito como la formación de la familia, no tienen, por lo pronto, ni hay razón para que tengan, mayor presupuesto de gastos que la víspera de su unión. Y esto sucede en las clases obreras, en el pueblo; con o sin las formalidades de la ley, reúnen un hombre y una mujer bajo un techo, y el puchero, algo más abundante, es la única diferencia. Desde que ascendemos, las cosas varían. Ni los muebles, ni las ropas, ni nada del antiguo ajuar, de la anterior instalación, sirven para la nueva. El mobiliario

se ha de substituir con otro más moderno o más rico; las ropas se han de adquirir de las mejores y más finas; conozco familias cuyo haber no pasa de unas quince o veinte mil pesetas anuales, y que gastan en un equipo la renta de un año. La costumbre de la exhibición de equipos, en vísperas de bodas, fomenta mucho el desarrollo de una industria que yo reconozco encantadora, la de las prendas bonitas, como encajes, bordados y cifras, como espuma, todo lo cual tiene una poesía enorme, un atractivo de misterio nupcial; pero, ¡ay!, es un lujo desmedido, exagerado y vano, puesto que, de esos magníficos ajuares, pocos son los que llegan a usarse hasta romperlos; las novias suelen ser más delgadas y esbeltas que las madres de familia.

Y a los equipos se suman y añaden todas las exigencias y fruslerías de la moda, todos los repiquetes del intenso lujo, todos los detalles que se creyeron patrimonio solamente de las grandes fortunas, y que la vanidad asocia a las pequeñas, como si la exterioridad de la opulencia fuese la opulencia misma.

Y por esto — por las estolas de cibelina, por los volantes de encaje de Malinas, por las joyas espléndidas, por los estuches recargados de cincelada plata, por los muebles Luis XVI — ¡oh, indefectiblemente Luis XVI! — y por tantas y tantas menudencias es malo de anudar y bueno de aflojar el conyugal lazo...

* *

No cabe duda: en ciertos países, y especialmente en España, el incremento del lujo no responde al incremento de los capitales; todos dicen — trátase de Guerra, de Marina, de Obras Públicas, de lo que fuere — que no podemos alardear de capitalistas. Y, sin embargo, nuestras costumbres tienden cada vez más a moldearse en las extranjeras de naciones más pudientes, que nos dan el modelo de novedades, refinamientos y requilorios.

Ello tiene, como todo en el mundo, un lado bueno: el de que ayuda a la prosperidad de los industriales (aun cuando éstos no suelen ser españoles, en su mayoría). De todos modos, las industrias suntuarias, en estos últimos tiempos, han adquirido aquí vuelo e importancia. Hay excelentes fábricas de elegantes muebles, y nadie ignora lo que últimamente se ha hecho para estudiar y fomentar la construcción del mueble artístico en España, cosa lógica y de buen gusto. En efecto, hoy se reproducen las Talaveras, los sillones incrustados, los contadores de concha, las arcas de taracea, hasta la plata y los cueros repujados. Y ello contribuye a confirmar el sello nacional, en la casa y alrededor nuestro; ya es preciso desterrar la preocupación que admite el mueble auténtico antiguo, y proscribire su reproducción fiel y exacta.

No concibo qué género de desdén puede mostrarse respecto a un objeto que no se diferencia de otro estimado y tenido por precioso. Siempre lo antiguo habla más a la imaginación; pero el elemento decorativo puede ser igual en lo moderno. Y es preciso establecer una distinción, en la cual la gente no se fija. Suelen nombrarse objetos de arte los muebles, armas, cuadros, tapices y esculturas; pero si un cuadro es arte puro, un mueble es siempre, en el fondo, arte industrial. Los bellos guadamecies o cueros de Córdoba, constituyeron una industria, y, sin necesidad de que resucite ningún maestro del arte español, esta industria puede resucitar y rehacer los antiguos modelos, copiándose a copiarlos e inundando de ellos el mercado, si es posible.

* *

En cambio, no será fácil renovar, como no se trate de algún *pastiche*, la inspiración del *Greco* y de Juan de Juanes.

En estos últimos días se ha rendido ampliamente culto a la memoria del *Greco*. Se han prodigado las conferencias, se ha celebrado en Toledo una ostentosa velada. Todo ello está muy bien, y ojalá con los demás pintores españoles que encarnan, en una o en otra forma, nuestro espíritu, se hiciese igual. Porque el *Greco*, que tanto significa dentro de la nacionalidad, no lo significa todo, ni mucho menos; y podría discutirse si la significación del *Greco* va más allá de la de Valdés Leal, Zurbarán, Pantoja y Ribera. Nótese que no estampo el nombre de Velázquez ni el de Murillo, porque sería preciso, para deslindar el papel de cada uno, escribir muchas páginas.

El *Greco* y Goya parecen resumirnos, por completo; no obstante, hay en el alma española más matices y ambientes de los que suponen estos dos maestros soberanos. Somos más complejos, y tenemos varios aspectos con ser tan honda la sugestión del *Greco*, y tan viva y real la de Goya.

Otro nombre ilustre al cual estos días se va a dedicar una conmemoración, es el de Víctor Hugo, que, como dijo Emilio Castelar, fué el poeta español que mejor rimó en francés. Víctor Hugo tuvo siempre una orientación española en su genio, aun cuando no supiese gran cosa de España, y cometiese los más graciosos errores al tratar asuntos nuestros, como en *Hernani* y *Ruy Blas*. Cuando yo le visité en París, en vano intentó recordar algunas frases españolas para decírmelas; pero, siendo esto auténtico, no es menos verdad que el tipo de su inspiración era, en gran parte, peninsular.

Y, nadie lo ignora, Víctor Hugo, en su niñez, estuvo en España, con su padre el general o mejor dicho el comandante Hugo, el que sentó sus reales en Guadalajara y fué sin cesar hostilizado y a veces derrotado por los guerrilleros de Juan Martín.

* *

La estancia en España, no cabe duda, marcó profunda impronta en la mente del niño Víctor Hugo. De su paso por el pueblecillo de Hernani, sacó el nombre del famoso aristócrata y bandido, protagonista de su primer drama, cuyo estreno señala una fecha en los anales del romanticismo. Hay que decir que Víctor Hugo fué especialmente español, mientras duró el período romántico militante. Los jóvenes adictos a la escuela, llevaban como contraseña la palabra «Hierro», dicha en nuestro idioma, en el cual es alta, sonora y significativa, y no en francés. España se puso entonces muy de moda, y las guitarras, las serenatas, las rejas, los claveles y jazmines, las ojeadas (*oeillades*) de las pupilas negras, las mantillas, las gitanas, con otros accesorios de la guardarropía nacional, dieron juego a los del Cenáculo. Gautier, que estaba mejor informado de nosotros que Hugo, no nos dejaba tranquilos, ni en verso ni en prosa, y su volumen de *Tras los montes* y su colección de versos *España* están ahí para demostrarlo.

Ello es que Víctor Hugo, durante esa etapa primera de su vida, entró en Madrid en el Colegio de Nobles, y por eso la calle donde ese Colegio se alzó, llevaba, tiempo ha, el nombre de Víctor Hugo. Ahora, trátase de colocar una lápida, por iniciativa de la colonia española de París, en este mismo edificio, en cuyas frías salas estudió sus lecciones de chiquillo el gran poeta.

La idea es excelente. Por encima de divergencias y restricciones, Víctor Hugo tiene una personalidad inmensa. Kindámosle el tributo que merece, con ese tono de respeto que la presencia de la gloria debe dictar e infundir.

* *

Y al escribir esto, pienso en el caso extraño de la suscripción para el homenaje a Galdós, que, iniciada gallardamente y con generosidad verdaderamente regia por Alfonso XIII, no ha conseguido, al menos por ahora, adquirir el vuelo que deseábamos, no tanto los constantes admiradores del maestro, sino también los buenos españoles; pues esta suscripción es ya un compromiso de honor para la patria. No se entiendan mis palabras en un sentido que no tienen: yo admito que mucha gente, de buena fe, no contribuya a esta suscripción, fundándose en diversas consideraciones, que no cabe discutir: sería rarísimo que existiese unanimidad en tal asunto, tratándose de un escritor que, sobre todo en los últimos años, ha adquirido color político. Pero, ¿cómo no esperar, al menos, una nutrida mayoría, un núcleo numeroso? Esto sorprende.

Repito que nadie puede preciarse de ser grato a todos, y no sé de suscripción alguna en que no haya discordancias. Por desgracia, las hubo hasta en la de los heridos de la guerra, y lo sé por lo mucho que trabajé en pro de idea tan indiscutible. Pero esto es una cosa, y otra el singular retraimiento que parece señalarse en lo de Galdós.

Hubiese yo preferido que fuese el Estado, que tantas cosas costea sin deber costearlas, el que se encargase de ésta, a mi parecer carga de justicia; mas ya que se prefirió otro sistema, no perdamos la esperanza: lentamente, la suscripción medrará: es imposible que así no suceda.

Cuando veo las estatuas que se erigen, los cargos que se confieren, las iniciativas que se desenvuelven prósperas, me digo a mí misma que ésta no puede malograrse, siendo en favor de un hombre de tan alto valer, de fama tan extensa, de obra tan considerable, y, en su mayor parte, tan española, tan de la raza.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL MOLINO, POR JULIO HOYOS, dibujo de Mas y Fondevila



... ardía la montaña en cuya cumbre surgía la milagrosa imagen

Quando Esteban llegó ante la puerta del señor rector, éste y su hermana Generosa estaban ante la mesa, dispuesta para el yantar del mediodía. Habían finado las preces de ritual y la figura obesa de doña Generosa fué la primera que se presentó ante el mozo, haldeando rítmicamente el merino de su falda, toda plegada alrededor del talle. Cogió a Esteban por un brazo y lo empujó suavemente hacia adentro.

—¿A qué te quedas ahí, muchacho? Pasa y siéntate, que vas a comer con nosotros.

Sentados luego los tres en las sillas de esparto, bendecida la mesa y dispuestos a empezar la consumación de la sopa, que humeaba en los platos de burda alfarería, el rector, que ya tenía noticia del motivo de la visita, empezó con circunloquios pretendiendo hacer desistir al mozo de su propósito sin que su señora hermana se enterase:

—Mira, Esteban, no es precisamente que yo crea en la veracidad que atribuyen a la leyenda del molino; pero juzgo que estás poseído de una desmesurada ambición, y esto es lo que no me parece bien. Debieras conformarte con ayudar en sus tareas al Sr. Blas: es viejo, tú haces falta allí y Marta te quiere. ¿Qué mayor felicidad?.. No te expongas a empresas aventuradas. Yo no sé lo que tiene ese molino, pero es lo cierto que cuantos lo quisieron utilizar lo abandonaron pronto, luego de ser mal mirados de todo el pueblo.

Pero ¡bueno era el mozo para dejarse convencer!; él había visto mucho mundo, según creía, y se burlaba de tradiciones supersticiosas. Si los demás abandonaron el molino, fué por la guerra que el Sr. Blas había hecho al ver en peligro su negocio.

Estos razonamientos se fueron cruzando entre el sacerdote y el antiguo acólito, que ahora se encontraba de vuelta del servicio militar hecho todo un hombre trabajador y animoso. Pero una de las veces no advirtieron que se acercaban los pasos de doña

Generosa, y entonces se oyó su voz, temblorosa en un miedo supersticioso y fanático:

—¿Qué es eso del molino? ¿A qué quieres ir al molino, muchacho?

Y para que su hermana no acertase la verdad, con el pretexto de que Esteban quería saber la leyenda que sobre el molino rojo había forjado la tradición, el noble rector refirió la historia.

* * *

Contaban que, en tiempos antañones, era aquel pueblo un lugar dejado de la misericordia divina; los aldeanos ocupados en la agricultura sólo pensaban en acaparar sus riquezas. Era el primer caso conocido de que un pueblo no tuviese iglesia, ni siquiera una mísera ermita, por no querer sufragar más gastos que aquellos necesarios para el abono de sus tierras. Aseguraban también que aquellos codiciosos aldeanos se dedicaban desmedidamente a la usura, procurando a los pueblos vecinos el grano necesario para las siembras, por lo cual cobraban en la época de las cosechas un aumento exorbitante. Y afirmaban aún algo más monstruoso, y era que devastada toda una comarca por una horrible inundación, se negaron a socorrer la desgracia de aquellos tristes labradores. Hasta que un día, anatematizados y malditos por sus comarcianos, vieron con espanto que sus acequias amanecían desecadas y sus campos talados y mustios.

Puestos a vigilar, juraron que en la alta noche aparecía un fantasma monstruoso que, armado de largo tridente flamígero, quemaba la opulenta vegetación de los campos y se bebía el agua de los canales de riego.

Entonces, amedrentados y arrepentidos, fueron en demanda de protección al pueblo anteriormente inundado, en el cual existía una imagen muy mila-

grosa a la cual debían el prodigio de que la tierra se agrietase para sorber las aguas invasoras y tornasen pronto los campos a reaparecer más fértiles que antes.

Y una noche, unidos los dos pueblos en religiosa romería, subieron la imagen a la cumbre de un cerro, desde el que se dominaba el lugar por donde aparecía el monstruo devastador.

Estaba todo el cerro crecido de retamas y tomillos, y entre las matas aguardaban los lugareños armados de yescas y pedernales. Un silencio macabro se extendía por todo el montecillo, y así que vieron aparecer al fantasma, frotaron los pedernales, encendieron las yescas y prendieron fuego a toda aquella olorosa vegetación.

Parecía que ardía la pequeña montaña envuelta en una llama ciclópea, en cuya cumbre, resplandeciente e inmaculada, surgía la milagrosa imagen.

Todos oyeron los pavorosos alaridos del monstruo, pretendiendo inútilmente la fuga: su cuerpo hercúleo se retorció clavado en tierra, y sus brazos membranosos en el espacio volteaban desolados, furiosos, trágicos...

Quando bajaron procesionalmente a la imagen, asomaba el disco bermejo del sol, y a sus primeras luces vieron con asombro que en el lugar donde el monstruo se retorció satánicamente, había un molino rojo que ondeaba al viento, hecha jirones, la fuerte lona de las aspas.

De entonces databa la leyenda, añadiendo las gentes que cuantos intentaron habilitar el molino hubieron de abandonarle a causa de las infinitas calamidades descargadas sobre ellos.

* * *

Ni los buenos consejos ni los prudentes avisos del rector fueron bastante para hacer desistir a Esteban;

y sin que doña Generosa se enterase, la enmohecida llave del molino pasó de las manos del cura a las manos del mozo.

Y ya dentro del molino, tendido sobre una yacija de paja, se contaba Esteban a sí mismo su proyecto.

Él haría que todos fuesen a su molino y que la muela rodase primero a impulso del viento, luego del agua y más tarde de la electricidad... El pueblo entero iba a sufrir una renovación, jamás esperada, gracias a sus esfuerzos; pero no quería que se lo agradeciesen, no: le bastaba con la fortuna que esto le proporcionaría.

Continuamente medía su proyecto, pasando, desde los puntos más altos de su ambición, al punto de partida, y entonces le asaltaba una constante exclamación: «¡No hay hombre sin hombre!» ¡Ah, si él tuviera quien le diera la mano!

Ante la perspectiva del hombre que le ayudase, creíalo todo realizado, y había de abrir mucho los ojos para cerciorarse de que no eran ciertas aquellas ficciones de fortuna, de honores, de placeres...

Y bien ciertas que fueron. A semejanza de las proyecciones cinematográficas, vió aparecer al diablo, vistiendo el traje mefistofélico y luciendo su pícaro expresión. Tuvo, necesariamente, que dar crédito a la leyenda y acabó de vencerle la voz del satánico aparecido:

— Yo habito en las ruinas de este molino, desde que un día la intercesión divina me encantó en este lugar. Toda presencia ajena me estorba, y puesto que la ambición te trajo aquí, yo realizaré todo lo que deseas con tal de que abandones esta morada. ¿Aceptas?

Sólo una condición le puso el diablo: consecuente con sus deseos, Esteban no podría retroceder nunca en la escala de sus ambiciones. Más, que le pidiese siempre más, que siguiese siempre adelante, y sería complacido al momento; pero en cuanto sintiese el deseo de vivir algunas de las cosas pasadas, le retiraba su protección y volvería a su mísera condición presente.

Lo primero que pidió el mozo fueron riquezas; poseer un tesoro como no lo pudiese tener otro hombre... Dispuso de palacios, de trenes, de barcos, todo lo que constituye la riqueza, hasta el punto de agotarlo todo; y al instante sintió muerto este deseo por no tener ya riquezas que desear.

Pero aunque el afán de poseer mucho oro fué siempre su pasión más grande, aun le quedaban otras cosas que agujoneaban su deseo: los honores, los placeres, lo que constituye la humana vanidad, y la sabiduría, lo que es el legítimo orgullo de los hombres.

El diablo estaba satisfecho de hallar un ser tan ambicioso, y le colmó de honores e hizo que fuese respetado de los más altos personajes y solicitado de las más hermosas mujeres.

Mas fué el caso que Esteban vió la hipocresía de aquellos homenajes que le hacían porque la fortuna le había puesto en tan elevado lugar. Refugiado en los placeres, fué notando cómo con la posesión decrecía el deseo de poseerlos.

Entonces, sediento de algo verdadero, quiso ser sabio; todas las ciencias se acumularon en él y, sin embargo, en su sabiduría no hallaba la clave del enigma eterno: seguía, como el más ignaro, ignorando por qué brillaban las estrellas y giraba la tierra y

por qué nacían y morían los míseros protagonistas de la vida.

Los hombres eran inferiores a él y las más hermosas mujeres pasaban por sus brazos como leves som-

que Marta les lanzaba al viento; libaban las mariposas en los azahares de los naranjos; sesteaban al sol los perros guardianes... Y ante aquel himno amoroso de la Naturaleza comprendió el mozo que la felicidad estaba muy lejos de la ambición; que cuando el deseo ambicioso es grande, llena el alma de inquietudes, y que, cuando todo se satisface, mata el hastío todas las alegrías, porque la verdadera felicidad no consiste en poseerlo todo, sino en mantener vivo el deseo de lo bueno.



Bailarina, cuadro de Miguel Pizzuti que figura en la exposición que actualmente celebra en Nápoles la Sociedad artística «Promotrice». (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

bras perfumadas. El tedio invadió entonces su corazón y su cerebro, se sintió absolutamente solo y notó en el alma el horror del vacío.

Y se acordó de su vida anterior, de sus ambiciones, de aquella alegría impetuosa y juvenil que le guiaba hacia el amor de Marta...

Fué instantánea la catástrofe: el diablo le empujó por el espacio, hasta dar de golpe contra la paja que le sirvió de lecho. Cuando se despertó parecía que las pestañas las tenía anudadas. ¿Pero todo aquello había sido un sueño?

Aturdido salió del molino y a poco se hallaba entregándole la llave al señor rector, que le preguntaba sorprendido:

— ¿Qué es? ¿Qué pasa? Cuenta, hombre, cuenta.

— Nada, señor cura, nada; creo que estaré mejor ayudando al Sr. Blas.

Y corrió hacia el molino del padre de Marta.

¡Oh, bendición de la paz aldeana, cuando es primavera en el campo y amor en el hogar! Saltaba el agua desde la presa, río abajo, por el ancho cauce; revolteaban las palomas picando los granos de maíz

NÁPOLES. — LA XXXVI EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD «PROMOTRICE».

La exposición organizada por la sociedad *Promotrice*, que actualmente se celebra en Nápoles y en la cual figuran los cuadros que en ésta y en la siguiente página reproducimos, revela, al decir de la crítica napolitana, un notable progreso sobre las exposiciones anteriores organizadas por la propia entidad, y demuestra cuán provechoso es para los artistas el frecuente contacto con el público, mediante la periodicidad de estas exhibiciones que les sirven de poderoso estímulo.

La pintura napolitana, que un tiempo había alcanzado un alto grado de esplendor, había, decaído en estos últimos años, y aquel esplendor y esta decadencia habían coincidido con la celebración de públicos certámenes y con la falta de éstos respectivamente. Hace tres años, reanudóse el ciclo de exposiciones de la *Promotrice*, que había estado interrumpido durante un largo período; y el resultado ha sido el que antes señalamos.

En la actual exposición se han revelado algunos temperamentos de artistas jóvenes y se han registrado algunas obras admirables de viejos maestros que todavía dan pruebas de una energía y de una frescura extraordinarias. En ellas aparece manifiesta la crisis que el arte pictórico napolitano ha sufrido en los últimos quince años, en su comienzo, en su desarrollo y en su fin; pero también en ella hay señales evidentes de que, por poco que el público se interese por las obras de sus artistas, aquella crisis no se reproducirá.

Figuran en la exposición más de trescientas obras pictóricas y buen número de es-

culturas, formando un conjunto verdaderamente notable. En la imposibilidad de enumerar ni siquiera las más importantes, nos limitaremos a llamar la atención de nuestros lectores sobre las que reproducimos y muy singularmente sobre la del veterano Eduardo Dalbono, que, a pesar de contar más de setenta años, sigue siendo todavía el jefe de la escuela de los coloristas napolitanos.

La inauguración de la exposición efectuóse el día 5 de abril último y fué presidida por S. A. R. el duque de Aosta, a quien recibieron el director general de Bellas Artes Conrado Ricci, que ostentaba la representación del ministro de Instrucción Pública, el prefecto, el comisario regio y demás autoridades locales, y otras muchas y muy distinguidas personalidades.

El presidente de la *Promotrice* pronunció un bellísimo discurso explicando el alcance de la exposición y los proyectos que aquella entidad tiene para lo porvenir, y en seguida el duque de Aosta recorrió detenidamente las salas, fijándose en las principales obras expuestas y haciéndose presentar a sus autores.



GINA, cuadro de José de Sanctis

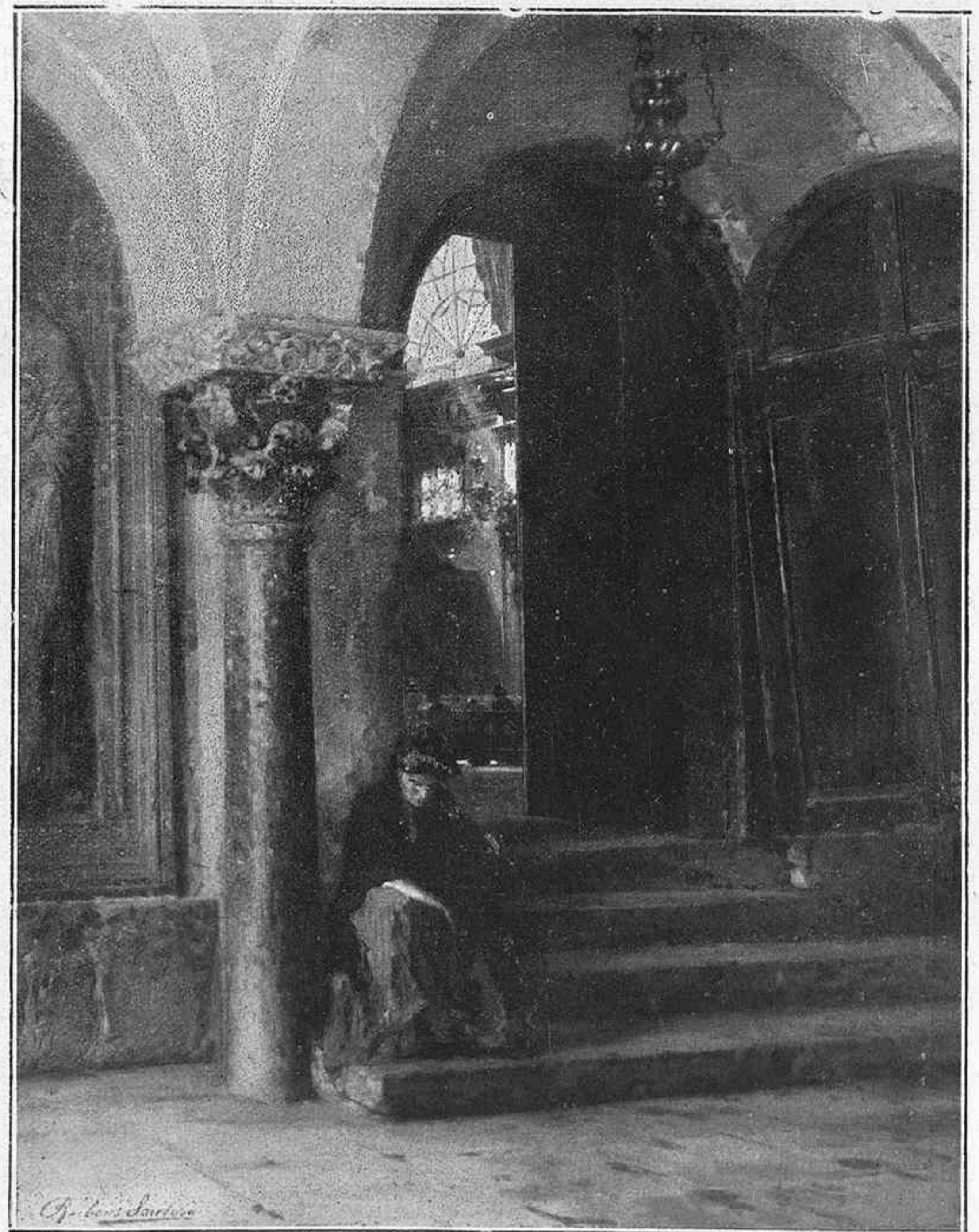


UNA TAZA DE TE, cuadro de Pedro Scoppetta



EN LA VILLA CASSANO, EN PORTICI, cuadro de E. Dalbono

(De fotografías de Carlos Abeniacar.)



ALMA EN PENA, cuadro de Rubens Santoro

MÉXICO. - LA INTERVENCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS. (Fots. de Harlingue.)



El general Maas,
jefe de las tropas mexicanas de Veracruz

Los Estados Unidos han encontrado al fin un pretexto para consumir el acto que desde hace tanto tiempo tenían proyectado, según parecían demostrarlo todas las apariencias; nos referimos a su intervención en México.

La detención de dos marineros yanquis en Tampico por las autoridades militares de aquella ciudad, que pertenece al territorio en donde gobierna el presidente Huerta, motivó de parte de los Estados Unidos una enérgica reclamación diplomática, exigiendo una satisfacción cumplida que el gobierno mexicano se manifestó dispuesto a dar. Pero cuando se discutió la fórmula de aquella satisfacción, es decir, la forma en que debían hacerse las salvas saludando a la bandera norteamericana y el modo como a estas salvas debían contestar los yanquis, no hubo manera de entenderse y surgió el rompimiento de las relaciones diplomáticas y el desembarco de las fuerzas norteamericanas al mando del almirante Flechter en Veracruz. La guarnición de aquella ciudad, a las órdenes del general Maas, opuso enérgica resistencia a los invasores, mas al fin se vió obligada a retirarse, quedando los norteamericanos dueños de la mencionada plaza.

¿Cuál es el alcance de este acto de fuerza? Si hemos de dar crédito a las palabras consignadas en el mensaje que el presidente Wilson dirigió a las Cámaras, los Estados Unidos no quieren la guerra contra México. «El gobierno de los Estados Unidos - dice uno de los párrafos de aquel documento - espera vivamente que no se verá obligado, en ningún caso, a hacer la guerra al pueblo mexicano. México está desgarrado por la guerra civil; no hay gobierno instituido de conformidad con las prescripciones de su propia Constitución. El general Huerta se ha arrogado el poder en México por procedimientos que no tienen ninguna justificación, esto en la única parte del país que está bajo su mando. Si su actitud y su sentimiento personal nos llevaran por desgracia a un conflicto armado, éste no sería en todo caso más que contra el general Huerta y sus partidarios, contra los que le prestan su apoyo; y aun así, nuestro único objeto sería devolver al pueblo de esa república desorientada la ocasión de restablecer sus propias leyes y su propio gobierno.»



Veracruz. - El Palacio del Gobierno

Según se ve, los Estados Unidos han sabido dorar la píldora, como vulgarmente se dice.

Apenas ocupada Veracruz, dispusieron los yanquis a llevar sus armas a otros puntos y en los Estados Unidos se hicieron grandes preparativos para enviar a México poderosas escuadras con numerosos contingentes de tropas de desembarco; que todo esto necesitaban para proseguir su empresa si, como en un principio se dijo, los constitucionalistas, ante la conducta de los norteamericanos y recordando las manifestaciones hechas en ocasiones repetidas por sus principales jefes, se unían a los federales para rechazar todos juntos al invasor, convertido ya en enemigo común.

Respecto de este último punto, no se ha podido poner todavía en claro cuál es la actitud de los constitucionalistas; según unos, éstos, atendiendo a los consejos de amigos suyos íntimamente relacionados con los yanquis, acordaron mantenerse en la más absoluta neutralidad; según otros, persisten en lo que antes prometieron, disponiéndose a pelear con los que hasta ahora han sido sus adversarios en defensa de su territorio y de la independencia de México. De todos modos parece cierto que han surgido graves discrepancias entre los principales caudillos revolucionarios, generales Carranza y Villa.

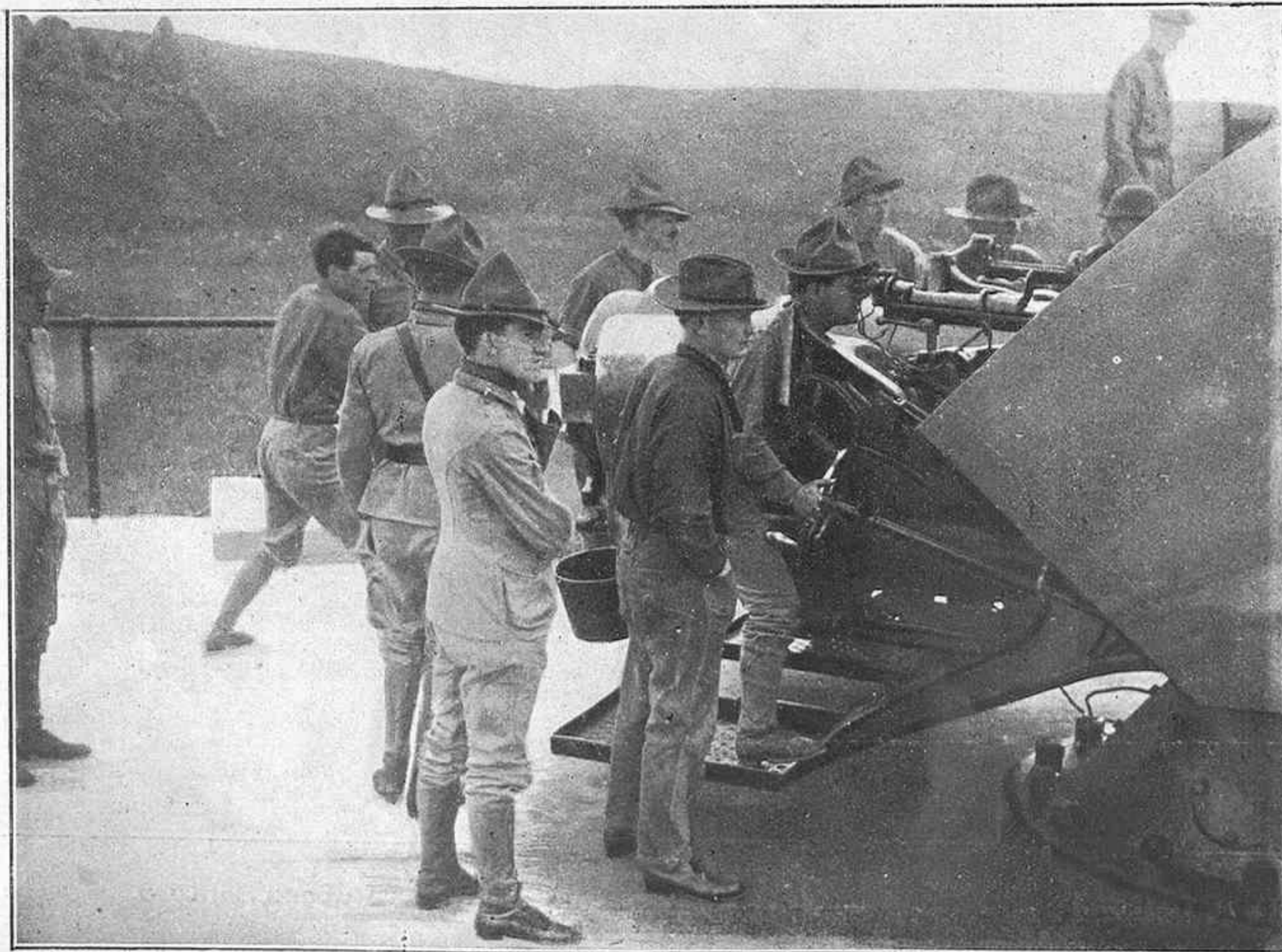
Al tenerse noticia del acto realizado por los norteamericanos, en muchas ciudades de México produjéronse graves desórdenes y agresiones contra los yanquis en ellas establecidos; la bandera de los Estados Unidos fué insultada y se efectuaron patrióticas ma-

nifestaciones, en las que todas las clases sociales demostraron su entusiasmo y su firme voluntad de hacer cuantos sacrificios fueran necesarios para rechazar la inalicable agresión de la gran República.

Así estaban las cosas, cuando las naciones sudamericanas, Argentina, Brasil y Chile, ofrecieron al presidente Wilson y al presidente Huerta su mediación para poner término al conflicto; Wilson aceptó desde luego declarando que el interés de su gobierno estaba en el mantenimiento de la paz; Huerta aceptó también, pero manifestando que lo hacía bajo algunas condiciones, a saber, que el honor mexicano quedará a salvo en la solución del incidente de Tampico, que los norteamericanos evacuarán los puertos de Veracruz y Salina-Cruz y que la mediación sólo se referirá al incidente de Tampico y en modo alguno al problema mexicano en conjunto. Es de suponer que Huerta, ante los consejos de aquellas potencias americanas y aun de algunas europeas, habrá depuesto una actitud



El general norteamericano Fred Funsten,
jefe de una división destinada a la ocupación de Veracruz



Artillería norteamericana en los fuertes de la frontera de México

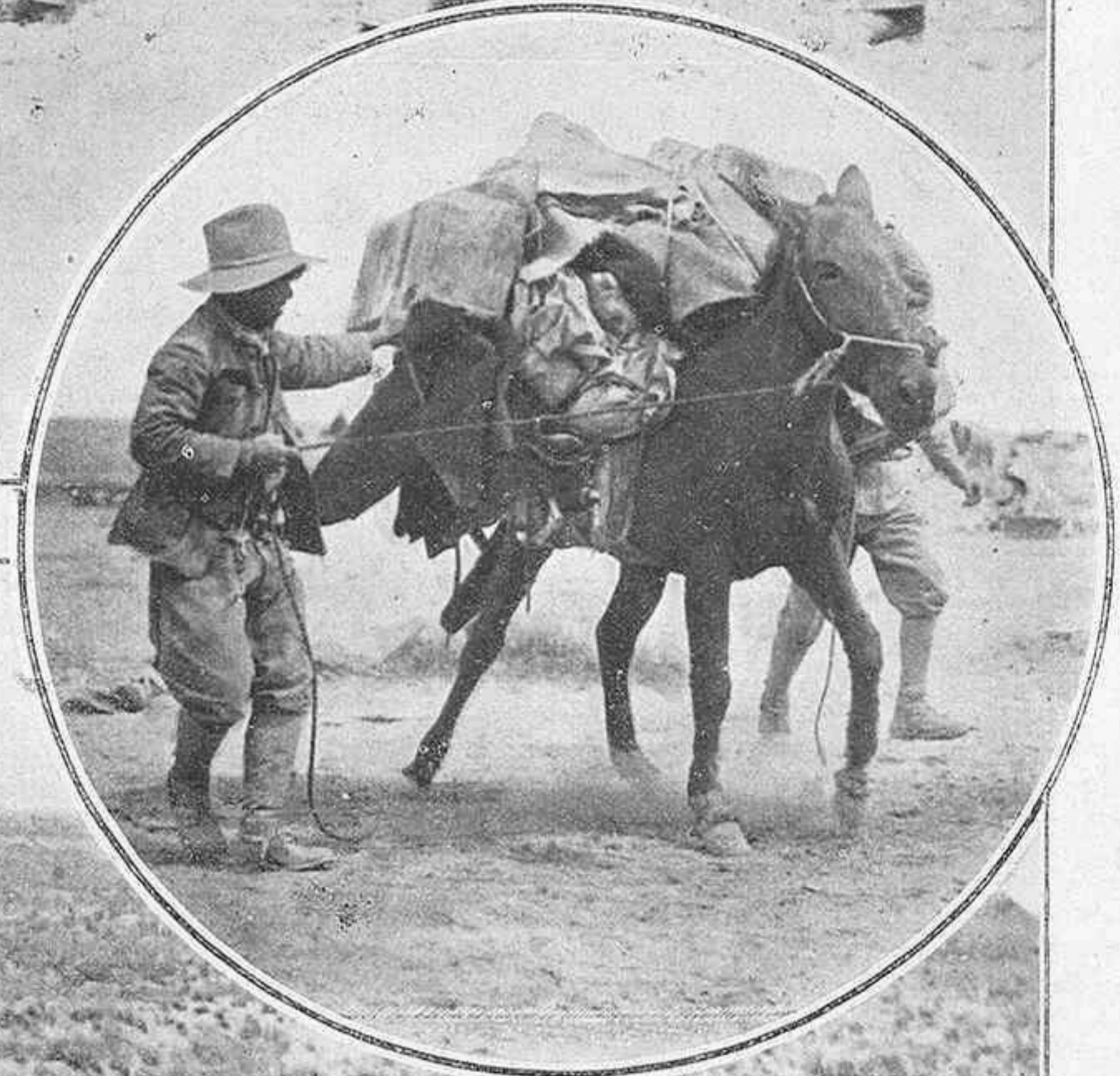
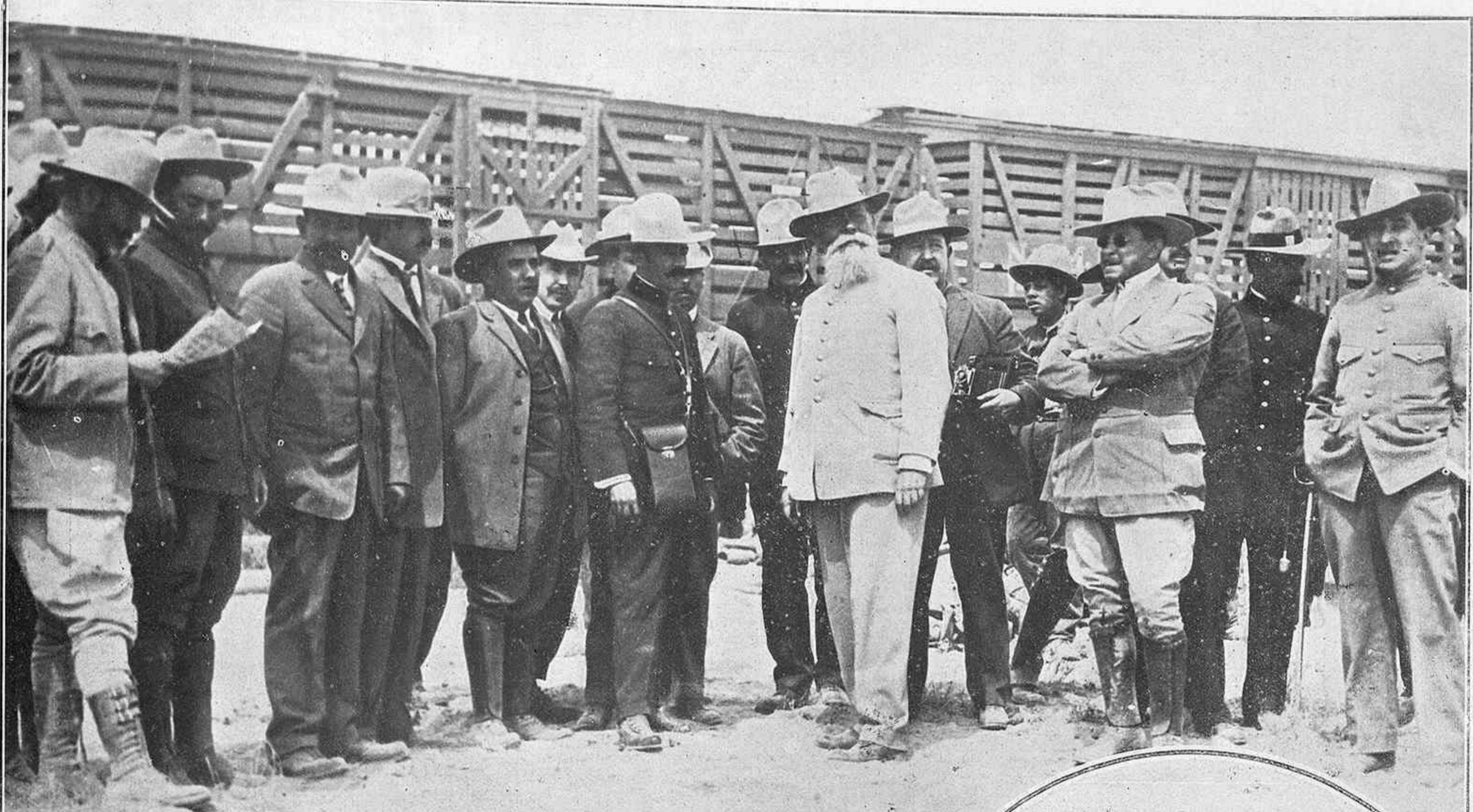
que era poco a propósito para facilitar el buen éxito de la mediación.

Por su parte el general Carranza, jefe supremo de los constitucionalistas, ha manifestado a los representantes de las naciones mediadoras que aceptaba sus buenos oficios y que estaba dispuesto a entrar en negociaciones con ellos.

El primer acto realizado por los diplomáticos argentino, brasileño y chileno, ha sido proponer un armisticio entre los Estados Unidos y México, armisticio que ambas naciones han aceptado.

Todas las repúblicas suramericanas han visto con gran satisfacción la iniciativa de la Argentina, del Brasil y de Chile, a la que se han adherido con el mayor entusiasmo, ofreciendo su incondicional apoyo.

¿Dará buenos resultados la mediación A. B. C., como se designa ya a la de las tres repúblicas? Difícil es preverlo; mas desde luego puede asegurarse que si todos los interesados, es decir, los Estados Unidos, el presidente Huerta y los caudillos de los constitucionalistas, no ponen de su parte una buena voluntad y un verdadero espíritu de conciliación, los esfuerzos de los mediadores han de resultar infructuosos.



El general Carranza, jefe de los constitucionalistas, y su Estado Mayor.-Artillería de los constitucionalistas.-Acémila para la conducción de bagajes de los constitucionalistas. -Pelotón de exploradores constitucionalistas. (De fotografías de Carlos Trampus.)
Estas fotografías han sido tomadas recientemente y en una de ellas aparece retratado por vez primera el general Carranza, jefe de los constitucionalistas, rodeado de su Estado Mayor. El retrato está hecho a raíz de su entrada triunfal en Ciudad Juárez, en la que entró después que los federalistas se hubieron retirado de Torreón.



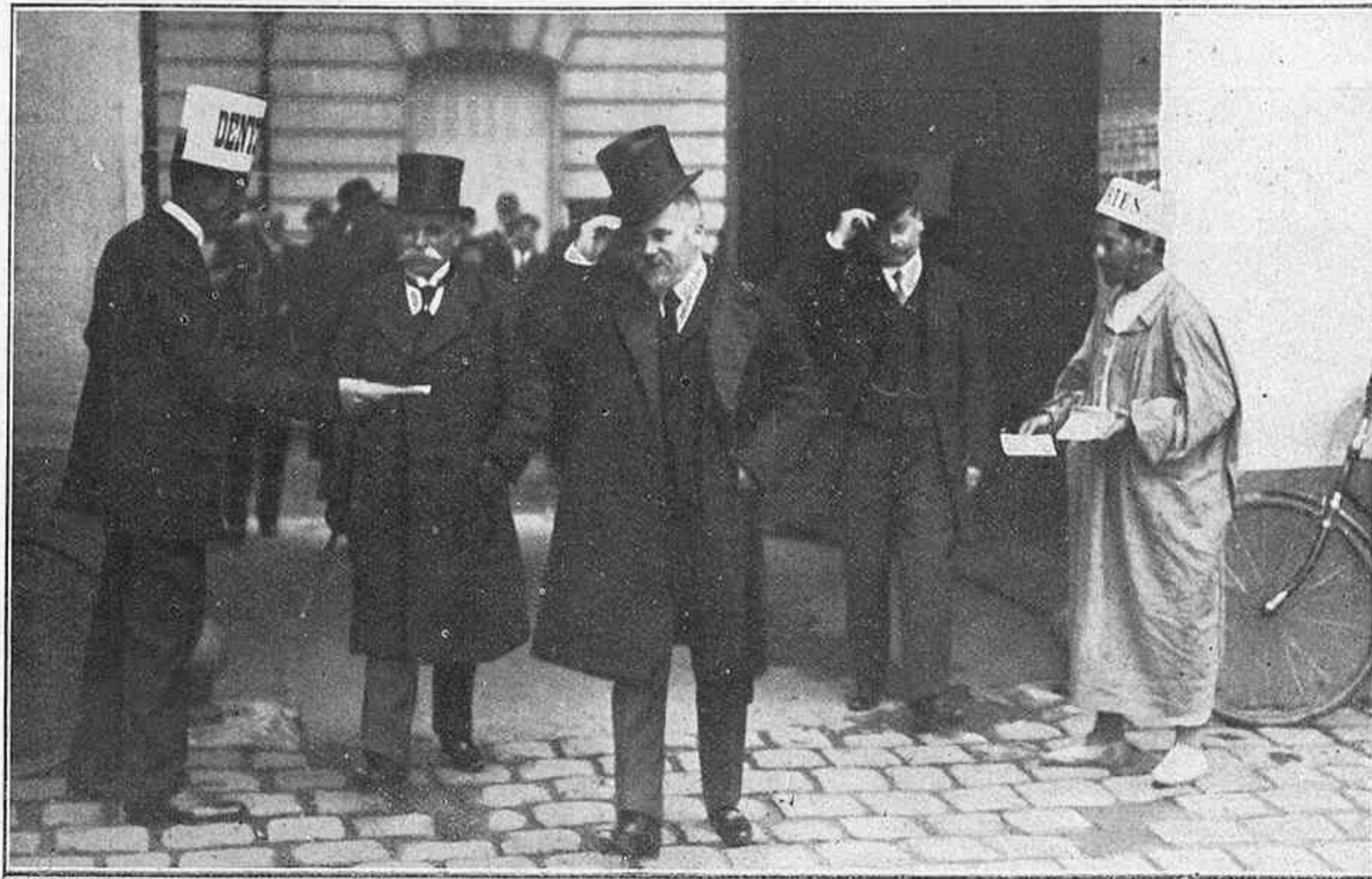
SAN JOSÉ ORIOL TAUMATURGO, cuadro de Juan Limona existente en la iglesia de Nuestra Señora del Pino de Barcelona. (De fotografía de F. Serra.)



MUERTE DE SAN JOSÉ ORIOL, cuadro de Juan Llimona existente en la iglesia de Nuestra Señora del Pino de Barcelona. (De fotografía de F. Serra.)

PARÍS. - LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS

Como recuerdo de las últimas elecciones francesas publicamos las dos adjuntas notas. En la primera se ve al Presidente de la República Sr. Poincaré saliendo del colegio electoral



París. Las elecciones legislativas. - El Presidente de la República Sr. Poincaré después de votar en el colegio electoral de la alcaldía del octavo distrito

después de emitir su voto; la segunda necesita alguna explicación, que vamos a dar.

Las agrupaciones feministas han querido aprovecharse de las elecciones para proseguir su campaña en pro del derecho de sufragio para las mujeres y al efecto instalaron colegios electorales en la mayor parte de los distritos de París y en ellos recogieron los votos de las *electoras* que quisieron depositarlos.

En las inmediaciones y en el interior de los colegios se fijaron unos carteles en los cuales, después de describir la actual situación de la mujer francesa, se decía:

«Si la mujer persiste hoy en reivindicar el derecho del voto es para poner fin a su humillante esclavitud, para encontrar en la libertad y en la independencia el medio de cumplir más eficazmente sus deberes para con la familia y la sociedad, y aun para hacer fracasar las empresas guerreras y esforzarse en asegurar la paz entre los pueblos. No hay una sola objeción seria, ni política ni social, que oponer a sus legítimas reivindicaciones; y ahí están para demostrarlo las experiencias realizadas en Europa, en los Países Escandinavos, en los Estados Unidos, en el Canadá, en Australia, hasta en Asia, y aun en algunos Estados del África del Sur. En todas partes en donde votan, las mujeres han consolidado la familia, protegido la infancia, asegurado una mejor higiene social, elevado el nivel intelectual y moral de la nación y combatido victoriosamente el alcoholismo.

»Las francesas, a su vez, reclaman el derecho de ciudadanía.»

MADRID. - EXPOSICIÓN ZULOAGA

El notable ceramista segoviano D. Daniel Zuloaga ha efectuado recientemente en Madrid una exposición de sus productos en la que ha confirmado una vez más las excepcionales



Madrid. - El notable artista D. Daniel Zuloaga, que recientemente ha celebrado una interesante exposición de sus obras

dotes artísticas que tan grande como merecida fama le tienen conquistada.

Admirábase en aquella exposición bellísimos azulejos decorativos de todos los estilos ornamentales, entre ellos algunos de tipos españoles de distintas provincias pintados en esmalte y de coloraciones vigorosas; elegantes ánforas y vasos de variados procedimientos y técnicas, con reflejos metálicos de distintas tonalidades conseguidos por altas temperaturas, que hacen de tales objetos obras verdaderamente nuevas y personales; elegantes y artísticos *panneaux* de azulejos de

porcelana esmaltada a gran fuego, entre los que sobresalen los titulados *La trilla*, *La Romería de la Aparecida* y *Caixa en Aguilofuente*, y otras muchas cosas más notables sobre toda ponderación.

tado abierta tres días, ha sido un éxito grande para el señor Zuloaga, habiéndola visitado un público tan numeroso como inteligente, que ha colmado de entusiastas felicitaciones al artista.

EL NUEVO OBISPO DE SOLSONA
DR. D. FRANCISCO VIDAL BARRAQUER

El día 27 del mes pasado efectuóse con gran solemnidad en Tarragona la consagración episcopal del nuevo obispo de Solsona Dr. D. Francisco Vidal y Barraquer, que hasta ahora había formado parte del cabildo de aquella iglesia metropolitana.

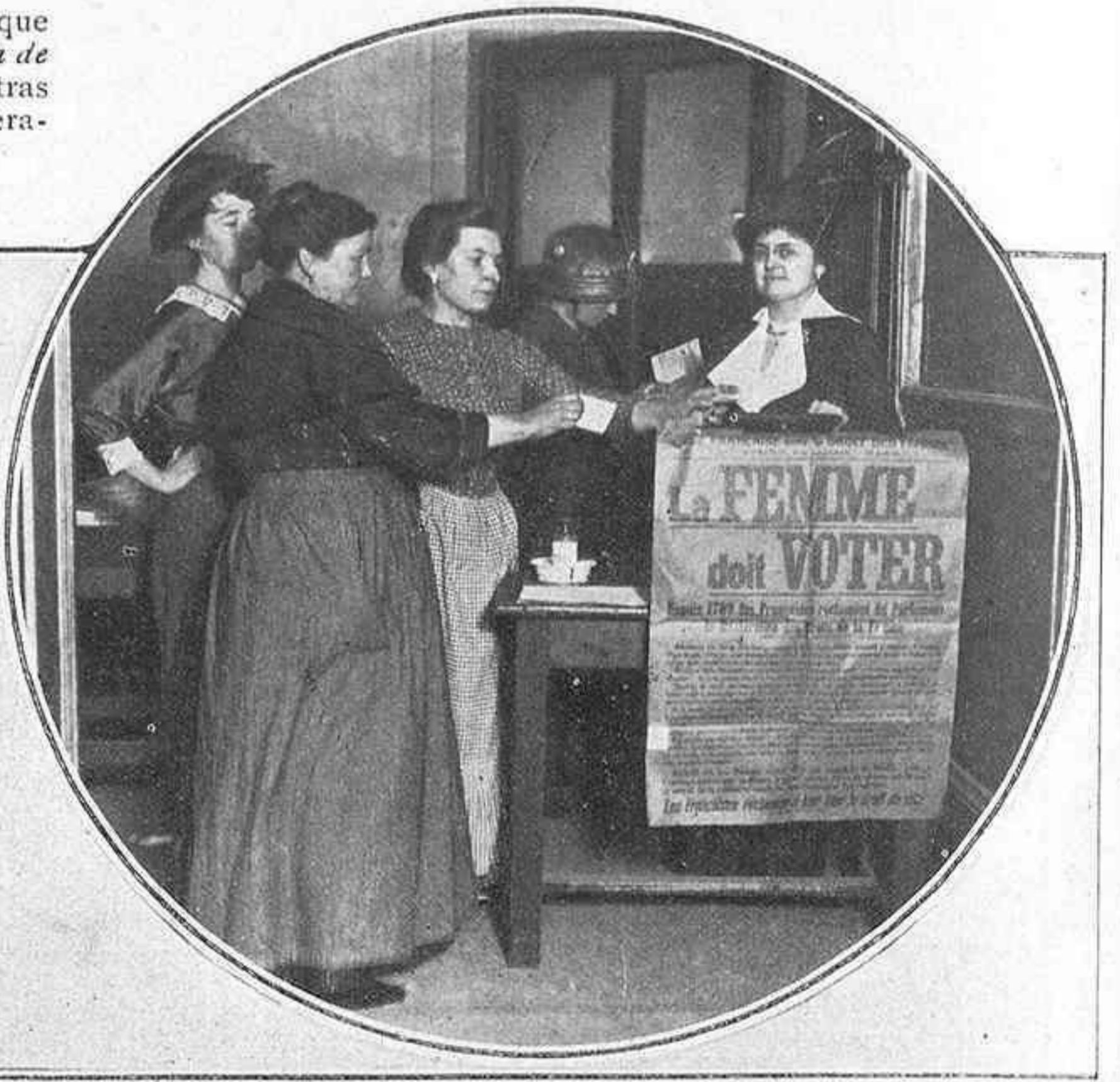
Fue consagrante el arzobispo tarragonense Dr. D. Antolín López Peláez, y a la ceremonia concurrieron los obispos de Ciudad Rodrigo y Córdoba, doctores Barberá y Guillamet, que habían sido capitulares de la catedral de Tarragona, las autoridades locales, el senador por aquella provincia D. José Elías de Molíns, representantes del pueblo de Cambrils, de donde es hijo el nuevo prelado, del cabildo y del municipio de Solsona, de la Audiencia, de la Diputación provincial, del claustro del Seminario y del Instituto, varios párrocos, otras distinguidas personalidades y un numeroso y escogido público que llenaba por completo las grandiosas naves de la catedral.

Apadrinaron al Dr. Vidal sus tíos el eminente oculista barcelonés Dr. D. José Barraquer y la distinguida señora doña Carmen Martorell, viuda de Vidal.

Terminada la ceremonia, y mientras eran echadas al vuelo todas las campanas, cantóse un Tédium y el Dr. Vidal dió su primera bendición pastoral.

A la salida del templo esperaba al nuevo prelado un gentío enorme, que le felicitó efusivamente.

La familia del Dr. Vidal obsequió luego a los invitados con un banquete, que se celebró en el Seminario Conciliar, y a cuyo final el alcalde de



Grupo de mujeres votando en Clignancourt para secundar la manifestación organizada por las agrupaciones feministas. (De fotografías de M. Branger.)

La exposición, que sólo ha estado abierta tres días, ha sido un éxito grande para el señor Zuloaga, habiéndola visitado un público tan numeroso como inteligente, que ha colmado de entusiastas felicitaciones al artista.

tarragonense, el Dr. Grau, y ensalzó las virtudes del nuevo prelado Dr. Vidal y Barraquer.

Por la noche, el Dr. Vidal fue obsequiado por el Seminario



El nuevo obispo de Solsona Dr. D. Francisco Vidal Barraquer, recientemente consagrado. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



Exposición de objetos de cerámica de D. Daniel Zuloaga (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

Tarragona, D. José Prat, felicitó al nuevo obispo y a los padrinos de éste; y el Dr. Vidal pronunció un elocuente discurso dando las gracias a todos y dedicando un recuerdo de respeto y admiración al difunto arzobispo, Dr. Costa y Fornaguera; y el arzobispo doctor Peláez recordó que él había sido consagrado por un obispo

Conciliar con una velada a la que asistieron el señor arzobispo, los antes citados obispos y distinguida concurrencia.

BAILE BLANCO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. - ILUSTRACIONES DE SIMONT

A la señora de Brissón.

I

— ¡Brrr!.. ¡Cuán felices son las marmotas que no ven el invierno!

La señorita Aurora, de pie junto a la ventana, estremecióse y se subió hasta la nariz su corbata de astracán. Al través de la bruma que se pegaba a los cristales, apenas se distinguían las desiguales casas del otro lado de la calle, los árboles melencólicos y envueltos por la niebla, y los viandantes metidos en recios abrigos. Sonaba sin gran ruido el primer toque de misa mayor en el invisible campanario para congregarse en la iglesia a las gentes diseminadas en los lejanos caminos, en los valles melancólicos y en los ribazos desnudos; y la señorita Aurora, imaginándose la soledad de la campiña que rodeaba la pequeña villa, sintió un nuevo estremecimiento de frío.

«¡Dios mío!, pensó. ¡Y no estamos más que en noviembre, es decir, en los comienzos de la estación cruda!.. ¡Y decir que hay países en donde actualmente florecen los claveles!..»

Intentó evocar el deslumbramiento del sol, del mar azul, de los jardines encantados; el ardiente espejismo de aquel Mediodía desconocido para ella, como, por lo demás, lo era también casi el resto del mundo. Sus padres la habían llevado una vez a París y a Saint-Maló, cuando era muchacha... Tiempo hacía de aquello... Después, muerta su madre, su padre quiso abandonar la ciudad para vivir entre sus viñedos, al lado de su hermana Adelaida, y al poco tiempo de aquel cambio de residencia su salud se había quebrantado; y la existencia de Aurora se concentraba en aquella estancia, en torno de los sillones, ahora vacíos, de dos viejos gruñones y egoístas, que hasta el final trataron a su enfermera como a una niña y la tuvieron esclavizada, dedicada a mil cuidados minuciosos. Ni siquiera le quedaba tiempo para calcular su edad, de tal manera que ahora, que podía reflexionar sobre ella, Aurora no podía volver de su asombro... ¡Cuarenta y seis años, casi medio siglo! ¿Era creíble? ¡Tantos días insípidos, monótonos que no valían la pena de ser contados, formar semejante total!..

La señorita Tiercín suspiró nuevamente y volvió a mirar por aquella ventana que sus ensueños habían franqueado tan a menudo para correr en busca del sol, para lanzarse hacia lo desconocido... Al presente era libre de ir adonde su deseo la arrastrase; estaba sola en el mundo y era más rica de lo que jamás pudo imaginarse... ¡Vana libertad! ¡Inútil poder!.. El ardor de otros tiempos se había extinguido durante la larga inercia; su alma embotada, átona y vaga, parecíase ahora a aquella bruma ras-trera por entre la cual pasaban sombras; no quedaba en ella nada que fuese claridad, calor, juventud...

El resto de su vida no sería más que un invierno largo, melancólico. Y repitiéndose esto, delante de aquel paisaje de limbo, la pobre solterona sintió que el frío y el aburrimiento la helaban hasta los huesos. Entonces, descorazonada, sentóse de nuevo en el ángulo delante de la ventana y apretó sus pies, calzados con zapatos de paño, sobre el brasero de

las dos desconocidas de Aurora. Apenas hechas estas observaciones, un campanillazo interrumpió violentamente el silencio de aquella casa, campanillazo sonoro, seguido de pequeñas sacudidas alegres e impacientes.

— ¿Quiénes podrán ser?, preguntó Aurora tendiendo impaciente el oído hacia el corredor, en donde las forasteras parlamentaban con la vieja Marta.

Ésta no tardó en presentarse con su cara de desconfianza.

— Señorita, dijo, son unas señoras que quieren hablar con usted. ¿Tendrá usted tiempo antes de la misa?

— ¡Cómo, está ahí!, gritó una voz algo velada que hizo vibrar un eco adormecido en la memoria de la señorita Tiercín.

Inmediatamente abrióse de un empujón la puerta, Marta se vio apartada con violencia, y la dama enlutada entró en la sala con los brazos extendidos y seguida de cerca por la joven de la toca adornada con violetas.

— ¡Mi buena Aurora! ¡Qué emoción volverte a ver después de tanto tiempo.

Al fijarse en la expresión sonriente de aquellos ojos azules guarnecidos de negras pestañas, la señorita Tiercín ya no vaciló.

— ¡No me equivoco!, exclamó. ¡Clara Maillard, o más bien la señora de!..

— ¡La señora de Duroncier!, dijo la dama arrojándose en brazos de la solterona. ¡Tu mejor amiga de otros tiempos!

— ¡Oh, mi pobre Clara! ¡Hacia veinte años o más que no nos habíamos besado!, murmuró enternecida la señorita Aurora, cambiando con su amiga besos mezclados con lágrimas.

Las dos lloraban de placer y de sorpresa. Al aparecerse una a otra con sus actuales semblantes, discernían mejor, de repente, el tiempo transcurrido y los cambios que había operado; y traspasada de pesar, cada una abrazaba en su amiga los

recuerdos queridos de su juventud.

— ¡Y me has reconocido en seguida!, decía la señora de Duroncier. ¡A pesar de mis arrugas, de mis cabellos grises y de mi gordura!..

— Tus ojos son siempre los mismos... y tu voz también..., afirmaba la señorita Tiercín... Y además, añadía atrayendo hacia sí sonriente a la joven de la toca florida, aquí estás tal como te he conocido.

— Mi Germana. ¿No es verdad que se me parece bastante?

— ¡Oh, pero empeorada! Sea usted franca, señorita, replicó Germana irguiendo su rostro maliciosillo para recibir el beso con que la recibía Aurora. ¡Recuerde usted a mamá tal como era cuando tenía veinte años! ¡Cuán dulce, cuán ensoñadora, cuán cándida debía de ser!.. Un verdadero ángel de los primitivos, ¿no es verdad?.. Al paso que yo no tengo el menor aire seráfico... Mas no hay que censurarme por ello... Las jóvenes de hoy día no podemos caminar con los ojos bajos, porque la circulación ha llegado a hacerse demasiado difícil y hemos de ins-



Una vaga sonrisa tembló en el rostro pensativo de la señorita Tiercín...

madera en donde se consumían unas pocas ascuas.

Un ruido de hierros viejos, de ruedas rechinantes y de cascabeles anunció, en medio de la niebla, la aproximación del carricoche que hacía el servicio entre la estación del ferrocarril y la principal fonda de la población. El vehículo se detuvo en medio de la calle y el cochero, de gorra de pieles, señaló con el látigo y sin moverse de su sitio, la puerta de la casa de la señorita Tiercín, diciendo:

— Señoras, aquí es.

Aurora, intrigada, encogió sus ojos, algo miopes, y se inclinó detrás de la cortina de guipur para reconocer a las dos personas que se acercaban: una de ellas, ágil, esbelta, vestida con un traje sastre gris, de falda corta, saltó en seguida a la acera dejando ver, cuando estuvo más cerca, un rostro sonrosado, unos cabellos rubios y una toca adornada con violetas; la otra, más lenta, más gruesa, envuelta en una amplia capa negra, atravesaba la calle con precaución, con la cabeza baja y tocada con una cofia de viuda. Probablemente eran una madre y una hija y

peccionar el horizonte a fin de preservarnos de los peligros y de reconocer los obstáculos.

La señorita Tiercín, un tanto extrañada, miró a la señora Duroncier, que, sonriendo le dijo:

— ¡Oh, mi buena amiga! No será ésta la única vez que las palabras de mi hija te causen asombro. Las jóvenes de hoy día son nuestras hermanas mayores..., sueñan menos que nosotras y obran más... Hay, sin embargo, muchas cosas buenas dentro de esas cabezas razonadoras que piensan justamente y saben querer. Germana, y no lo digo por adularla, ha sido mi sostén y mi mejor consejera en mis recientes crisis.

— ¡Mamá, mamá! ¡Nada de panegíricos!. Acabaría por tomarme a mí misma en serio, lo cual sería desconsolador, exclamó la joven frunciendo sus frescos labios en una mueca maliciosa.

Y esquivándose por medio de una discreta maniobra, retiróse al fondo de la estancia a fin de dejar a las dos antiguas compañeras la libertad de hablar a sus anchas confidencialmente.

La viuda, con voz débil y palabras entrecortadas, fué la primera en murmurar su historia... ¡Tanta felicidad en un principio!. Un matrimonio de amor que al pronto le hizo poco sensible el alejamiento del país natal; una vida errante y sin preocupaciones al través de las etapas de la carrera del profesor; la apatía de una larga dicha. Después cambiaba el viento de repente trayendo consigo el infortunio y se sucedían las desgracias, pérdidas de dinero, amarguras del corazón, con la muerte de un hijo seguida de cerca por la casi repentina del esposo. Y en medio de aquel trastorno que enloquecía a la madre, Germana se revelaba enérgica y prudente, afrontando las múltiples dificultades y resolviendo fácil y oportunamente todas las complicaciones... Ella había sido la que había tenido la idea sutil de llevar a su madre a su patria chica para que allí se tranquilizase en la dulzura del aire natal.

Buscando alojamiento en aquella población, las dos damas habían encontrado una casa a su gusto cerca de la antigua vivienda de la señorita Tiercín, y ¡cuál no había sido su alegría y su sorpresa al saber, por el procurador, que su futura propietaria era precisamente Aurora!. ¡Aurora, la amiga en otro tiempo más querida de la señora Duroncier y la más añorada!. Inmediatamente se habían informado de su actual residencia y acudían a verla sin perder un día.

— Hemos de pedir a usted una porción de reparaciones y cambios en la casa, dijo Germana para poner fin a aquella conversación de reminiscencias y efusiones sentimentales que sostenían su madre y la señorita Tiercín.

— No le haga caso, mi buena Aurora, exclamó su madre. Yo estaba ansiosa de verte y bien lo sabe ella, la muy picarona... Reconozco que me he portado mal contigo; pero te aseguro que ha sido por negligencia, no por olvido... ¿Y tú? ¿Qué ha sido de ti durante este tiempo?

— ¿Yo?... ¡Ya lo ves!.. Nada... Sencillamente he envejecido...

Había en aquellas palabras un acento de resignación que impresionó a la viuda, la cual, de pronto, comprendió que el dolor es preferible al vacío y que vale más haber sufrido que haber vivido...

— ¡Pobre Aurora mía!, exclamó apiadada oprimiendo las manos de su amiga. Y dime, ¿por qué no te casaste?

La señorita Tiercín desvió su mirada y con temblorosa sonrisa respondió:

— Un solo porqué te bastará; porque nunca se me presentó nadie aceptable.

— ¿Nadie?, exclamó la señora Duroncier con acento de asombro... ¡No es posible!. Seguramente será que te has mostrado exigente en demasía...

— Te aseguro que no...

— ¡Vamos! Entonces es que no sentías vocación por el matrimonio...

Una visión de dulce intimidad y de blancas cunas pasó por la mente de Aurora, quien, sonriendo vagamente, murmuró:

— Vale más creerlo así.

La señora Duroncier comprendió la tristeza que envolvían aquellas palabras y moviendo la cabeza con expresión grave, casi severa, dijo:

— La verdad es que tus padres descaban tenerte a su lado. ¡Y tú te sacrificaste!. No lo niegues..., pues aunque lo negases no dejaría yo de creerlo...

Germana que examinaba la estancia, revisando con mudo horror los bordados al cañamazo de colores chillones, las butacas de reps verde y los grabados fúnebres que representaban la tumba de Napoleón I en los Inválidos y la de Chateaubriand en la roca del Gran Bey, hipnotizóse, en aterrada contemplación, ante las esfiges de avinagrado aspecto de los individuos de la familia Tiercín.

Luego, volviéndose bruscamente exclamó:

— Debe ser esto que dice mamá, por fuerza... ¡Oh, señorita! La admiro a usted, aunque sin pretender imitarla... Mi generación no posee hasta un grado tal el espíritu de sacrificio... Queremos vivir nuestra vida activamente, difundir nuestras fuerzas con la mayor generosidad posible... ¡Pero oprimirse hasta ahogarse! ¡Patalear en una jaula en donde las alas se embotan!.. ¡Brr!.. Cosa es ésta que me espanta como si se tratase de una especie de suicidio... Afortunadamente estoy segura de que no se me exigirá semejante inmoliación... Mamá no pertenece a la escuela de los padres de aquella época y no me ha educado con el propósito de monopolizarme; al contrario, hará cuanto pueda para asegurarme un camino libre y ancho... ¡Pobre mamáita mía!..

Y apoyando un pie en el travesaño de la silla, estampó un apasionado beso en los cabellos de la viuda y la envolvió en una mirada de piedad acariciadora.

— No, hija mía, dijo la señora Duroncier apoyando la cabeza en el brazo de Germana; no seré un obstáculo para tu porvenir, puedes estar cierta de ello. ¿Acaso mi deber de madre no es prever y favorecer lo que puede ser venturoso para ti?

Un golpe rudo, dado en la puerta, la interrumpió y Marta guiñó por el ojo de la cerradura:

— Han dado el segundo toque de la misa... ¿No lo ha oído la señorita?

— Iremos con usted, exclamó Germana; contábamnos con ello. ¡Será deliciosa la misa mayor en la aldea!

— Sí, si los chantres no desafinan demasiado, objetó Aurora. Marta, estas señoras almorzarán conmigo; una comida del campo, improvisada. Conque, ya lo sabe usted; saque las servilletas adamascadas, la confitura de naranja, las peras de Doyenné, la vajilla de filetes dorados, el vino del 93...

La vieja criada miró con cara malhumorada y de soslayo a las forasteras que le imponían aquel aumento de trabajo en un domingo; y Germana, notando el tono dulce, casi suplicante, con que la señorita Tiercín había formulado sus recomendaciones, adivinó fácilmente cuál de aquellas dos mujeres era la verdadera ama de casa.

«¡Pobre señora!, pensó mientras se encaminaban a la iglesia. ¡No ha hecho más que cambiar de tirana!.. A fuerza de verse postergada, ha llegado a no saber ser ella misma... Según me ha dicho mamá, fué animada y alegre y hubo delicadezas en su corazón y en su inteligencia; pero ha acabado por embotarse en esta existencia vegetativa y en esta atmósfera deprimente... ¿Quién sería capaz de resistir a tales influencias?... ¡Un país desprovisto de todo carácter pintoresco!.. ¡Viñas, viñas y más viñas!.. ¡Y esa iglesia nueva, flamante!.. ¡Unos altares de colorines como accesorios de teatro, unos santos policromados que recuerdan las figuras del museo Grevín!.. ¡Ni un ventanal viejo, ni una estatua de madera, reliquia ingenua y piadosa que permanezca como impregnada de un aroma maravilloso por las oraciones de muchos siglos!.. ¡Y qué feligreses, Dios mío!.. ¡Todos correctos, odiosamente correctos y vulgares!.. ¡En vano buscaríamos entre ellos una cofia blanca, una blusa azul para descanso y recreo de los ojos!.. ¡Cabezas untadas de pomada, sombreros con flores y plumeros, postizos, y polvos de arroz en el curtido cutis!..»

Germana cerró herméticamente los ojos para aislarse de la trivialidad que la rodeaba; pero no pudo hacer lo mismo con las orejas, martirizadas por los rugidos de los chantres que destruían el ritmo litúrgico. Y por si algo faltaba, el sermón, farfullado por un vicario tímido que sucesivamente se perdía, remontándose unas veces a la altura de las nubes, hundiéndose otras en el fondo de los mares y hablando de la creación de los peces y de los pájaros, no le proporcionó el alimento espiritual capaz de vigorizar y consolar un alma.

II

Al salir de la iglesia, la señorita Tiercín, como si adivinase las impresiones de la joven, condujo a Germana al otro lado de la plaza mayor y le enseñó unas murallas que caían en ruinas, una torre desmantelada, y unas ojivas aéreas cuyas delicadas molduras, festoneadas de hiedra, se dibujaban vagamente al través de la neblina.

— La antigua abadía y el viejo cementerio; un pequeño rincón de delicioso recogimiento. Un día, cuando haga buen tiempo, la llevaré a usted allí..., si es que antes no han derribado esas ruinas para construir un cuartel de gendarmes.

— ¡Qué vandalismo!.. ¡La única nota de belleza de esta aldea vulgar!

— Aquí no gustan las cosas antiguas; se las considera como signos de pobreza... La municipalidad es rica; todo el mundo es propietario y no hay más indigentes que las personas de mala conducta.

— ¿De modo que no hay pobres a quienes visitar, vestir y confortar?, observó la viuda. Pero a lo menos entre las familias acomodadas, ¿encuentras relaciones agradables e inteligentes?

— Mi tía y mi padre sobrevivieron a todos sus amigos y yo no he hecho amistad con nadie; y nadie solicita la compañía de una solterona que detesta las comidas largas y aborrece las murmuraciones y los chismes.

— ¡Cómo debes aburrirte, pobre amiga mía!.. ¿Te gusta siquiera el campo?

— ¡Oh, éste no! Los árboles andan muy escasos y el río está demasiado lejos, murmuró la señorita Tiercín introduciendo una llave descomunal en la cerradura de la puerta de su casa.

Quedáronse las tres damas en la sala de la planta baja llena de humo de leña verde y en cuyo centro veíase la mesa, todavía sin ningún preparativo para la comida. La señorita Tiercín, afligida por aquella mezuquina hospitalidad, pero no atreviéndose a ir a la cocina en busca de la vieja criada para soltarle una reprimenda, se deshacía en atenciones, ofrecía vino, dulces y aproximaba las butacas a la chimenea, verdaderamente sofocada y casi saltándosele las lágrimas. La viuda y su hija, con los párpados enrojecidos, conteniendo la tos y las bascas de su estómago, aceptaban los cumplimientos, el humo y el hambre con alegre humor, pero al mismo tiempo con una gran conmiseración para la ama de la casa.

Germana, reanudando sus paseos por la estancia, seguía buscando, con la tenaz ansiedad que da un enigma, el secreto interés que debía sostener aquella pobre existencia.

— Por lo que veo, tiene usted verdadera pasión por el bordado en cañamazo, dijo deteniéndose delante de un biombo en que una paciencia pueril y tonta había entremezclado follaje de color amarillo de canario, rojo de tomate y verde de col. ¿Es usted quien ha hecho esto?

— ¡Oh, no!, respondió vivamente y en tono de protesta la señorita Tiercín. Es obra de mi tía.

— Esos grabados son muy poco alegres... ¡La tumba de Napoleón y la tumba de Chateaubriand!..

— Mi padre los había escogido como recuerdos de viaje.

— Y en punto a libros, ¿son esos los que le distraen a usted?, preguntó Germana señalando una estantería con algunos volúmenes.

— ¡Si tuviese libros interesantes, publicaciones nuevas! Pero desde que desapareció el *Museo de las Familias*, no supimos a qué revista subscribirnos y me encuentro sin pasto espiritual...

Germana levantó los brazos y con ademán de asombro y plantándose luego delante de la señorita Tiercín exclamó:

— ¡Pero esta existencia que lleva usted es una existencia contra la naturaleza!.. Tanto valdría enterrarse en vida!

— ¡Germana, Germana!, exclamó en tono de amonestación la señora Duroncier, inquieta porque sabía cuán difícil había de ser contener la impetuosa franqueza de su hija.

— ¡Vamos, mamáita!, repitió ésta. Confiesa que opinas lo mismo que yo... No se ofenda usted, señorita, pero desde que estoy aquí sufro por tener que callarme; y como me es usted sumamente simpática, me atrevo a decir lo que pienso... Sus ojos de usted me han conquistado desde el primer momento; me inspira usted tanta confianza como si fuese mi tía... ¡Tía Aurora!.. ¡Qué bien suena esto!.. ¿Me autoriza usted para llamarla así?.. Ese nombre de *señorita* ¡es tan ceremonioso!..

La señorita Tiercín, sentada delante de la chimenea, asintió con un movimiento de cabeza a aquel gracioso capricho.

— ¡Ya lo creo que la autorizo!, dijo, y con muchísimo gusto.

— Pues bien, tía Aurora; me apena horribilmente ver sumida a usted en el marasmo, y no puedo soportar la idea de que permanezca usted agostándose entre la tumba de Chateaubriand y la de Napoleón I, con una chimenea que despidе humo y una criada que gruñe sin cesar y entre gentes que sólo aprecian el dinero y las comidas copiosas y derriban las viejas abadías... ¡Abandone usted, por Dios, este género de vida que le fué impuesto!.. Usted se sacrificó, se olvidó de sí misma; pero estos tiempos han pasado. Cambie de modo de ser; sea usted usted misma y viva conforme a sus gustos.

— ¡Germana, Germana!, repitió débilmente la viuda, espionando el efecto que aquellas palabras producían en la señorita Tiercín.

Pero ésta, sin dejar de mirar el fuego, levantaba la mano en señal de indulgencia.

— ¡Déjala hablar!.. Aprecio su buena intención y se la agradezco... Hija mía, tiene usted razón en cierto sentido; pero a la larga, crea usted que la cabra se acostumbra a ramonear en el sitio en donde ha sido atada... El molde de la costumbre ha reformado la naturaleza, y a mi edad es ya demasiado tarde para cambiar; no se desea nada, ni siquiera se tiene energía para desear algo.

Dos lágrimas, no producidas solamente por el humo acre cayeron sobre el corpiño negro de la señorita Tiercín. Germana las vió y con un movimiento rápido sentóse en un taburete y apoyó su barba en las rodillas de la solterona.

— ¡Demasiado tarde!.. ¡Oh, no repita usted estas palabras que, por otra parte, no son justas! ¡Demasiado tarde! ¡Este concepto reduce de un modo tan considerable nuestro campo de acción!.. Además ¡es un pretexto tan cómodo para creerse uno autorizado a ser perezoso y para ahorrarse todo esfuerzo!.. ¡Ah, ah! ¿Le mortifica esto que digo?.. ¡Tanto peor, tía Aurora!.. Un sabio delicioso, con quien me propongo intimar mucho en lo porvenir, el amable Montaigne, ha dicho no recuerdo dónde: «La utilidad del vivir no está en el espacio, sino en el uso; hay quien ha vivido mucho tiempo y, sin embargo, ha vivido poco.» En su consecuencia, ¡juzgue usted misma cuánta vitalidad le queda a usted en reserva! La Bella del bosque durmiente tenía un siglo y cuarto y, esto no obstante, era una gentil doncella... Tía Aurora, usted es una nueva Bella del bosque durmiente... ¡Despiértese usted!..

Una vaga sonrisa tembló en el rostro pensativo de la señorita Tiercín, mientras continuaba mirando fijamente el fuego; y durante aquel silencio de un minuto, vió agitarse en las llamas las figuras fantásticas únicas que habían animado largos ensueños descorazonadores. Y oprimida por el sentimiento de lo irreparable y de lo imposible, murmuró:

— Amiguita mía, es usted buena y entusiasta... Sobre todo es usted joven y, por consiguiente, todo le parece a usted fácil... ¡Quiera Dios que no experimente usted nunca lo que se experimenta en mi situación, cuando se ve uno, gastado, acabado, sin un objetivo y sin ser útil para nada!..

Germana se estremeció como un potro de pura sangre al sentir un latigazo.

— ¿Sin un objetivo? ¿Sin ser útil para nada? Pues no se preocupe usted por eso. Yo voy a ofrecer a usted inmediatamente un objetivo y a darle ocasión de hacerse útil y agradable, tanto y quizás más aun de lo que podría usted desear.

— ¿Util? ¿A quién o para qué, Dios mío!

— Util a mí, respondió intrépidamente Germana. Mire usted a mi pobre mamá, debilitada, fatigada, consumida por neuralgias y reumatismos. ¿No es lamentable verla ejercer, en ese estado precario, los rudos deberes que incumben a las madres que tienen hijas casaderas?.. ¡Y los cumplirá, ciertamente, con heroísmo, aunque ello le cueste la vida! ¡Pues bien, tía Aurora! ¡Haga usted esa obra de caridad! ¡Librela de la mitad de la carga que esta misión entraña!.. Usted es fuerte y está buena y lo que a ella le agobiaría para usted será una distracción... Véngase con nosotros a la ciudad; vuelva usted a habitar su casa que está desocupada... Estaremos juntas todo el día y usted me acompañará a los conciertos, a las conferencias, a los bailes, al *tennis*, a todas partes... ¡Será una delicia! Ya verá usted cómo no le dejo tiempo para aburrirse.

— ¡Qué locura!, murmuró la señorita Tiercín aturrida por aquel flujo de palabras y de ideas imprevistas... Lo que me propone usted es impracticable, imposible.

— ¡Al contrario, nada más fácil de realizar!, dijo la señora Duroncier. También ahora tiene razón Germana, a pesar de su aparente alocamiento. Nada te retiene aquí, nada... Tu vida allá en la ciudad sería bastante más interesante; allí encontrarás libros, cursos instructivos, conversaciones inteligentes; oirás buena música y disfrutarás de las solemnidades religiosas en el ambiente poético de la vieja catedral en donde hisiste tu primera comunión.

— ¡Y cuántas obras caritativas necesitan auxiliares celosos!, añadió Germana reforzando las palabras de su madre.

— En una palabra, dijo la viuda suspirando, formáramos como una sola familia... Y cuando Germana entendería el vuelo del brazo de un marido, yo me encontraría menos sola teniendo a mi lado a una hermana, más que amiga, y soportaría mejor la pena de la separación.

Las tres se enternecieron en el estremecimiento de las promesas y de las esperanzas y se estrechaban unas a otras sus manos febriles. Aurora seguía per-

pleja, sin decidirse y mirando el fuego como si de éste hubiese de surgir de pronto el consejo; ante las excitaciones afectuosas y los argumentos tentadores, su espíritu vacilaba, como una veleta a impulsos del vendaval.

¡Qué inesperado contraste con su meditación melancólica de aquella misma mañana! Entonces veíase bloqueada en un destino sin horizontes y triste; y ahora de pronto se le ofrecía una salida inesperada que le permitía evadirse en el espacio sin límites.

¿Debía encerrarse en su rincón y rechazar la ocasión que le brindaba la Providencia?.. Sí, la Providencia (bien claro se veía) era la que dirigía aquella aventura y la que inspiraba a Germana, imperiosa y zalamera, animada del ardor de los profetas.

Hubo una pausa en la conversación. Marta ponía en la mesa los platos y los cubiertos con una brusquedad de la cual habían de conservar las señales la vajilla y el servicio de plata.

— Aquí está la sopa, anunció en un tono de fiereza capaz de quitar el apetito al más hambriento.

La señorita Tiercín quiso levantarse; pero Germana la detuvo tirándole enérgicamente de la falda.

— ¡Decídase usted, tía Aurora! De lo contrario me voy ahora mismo y no vuelve usted a verme nunca más.

Sugestionada, vencida, la solterona, mirando tímidamente a Marta, murmuró:

— ¡No digo que no!

III

«El cuello más bajo... ¡Tiene tanto cabello la señorita!.. Es una suerte tener, como la señorita tiene, un cutis mate... Así puede uno permitirse todos los matices... ¡Mire usted qué efecto tan hermoso esa banda de color de rubí en esa linda toca de hojas!.. ¡Y ese marabú naranja sobre el fieltro castaño! Pero es indispensable que la señorita se haga un peinado más flojo y ondule sus cabellos...»

«Esta falda de terciopelo verde gris le sentará admirablemente a la señorita... Las modas actuales parecen hechas expresamente para las mujeres como usted, altas, sin caderas y anchas de hombros... Pero cambie, sin tardanza, su corsé y sus enagnas...»

Y de este modo, pasando del espejo de la modista de sombreros al de la modista de vestidos, dócil a los consejos insinuantes y a las órdenes imperiosas de aquellos oráculos de la moda, la señorita Tiercín veía poco a poco transformarse la figura y el rostro a que estaba acostumbrada.

En un principio, al visitar los santuarios de las buenas modistas, la señorita Aurora no había procurado otra cosa que reorganizar su guardarropa anticuado y equiparse correctamente para acompañar en sociedad a su sobrina adoptiva; pero a fuerza de manejar las telas suaves, las cintas irisadas, los encajes floridos, las pieles y las plumas, habíanse despertado en ella el deseo y la afición a los trapos bonitos y había acabado por encontrar un placer en las sesiones que en los comienzos de aquella nueva existencia eran su martirio. Y de día en día, cediendo a las lisonjas de sus modistas, la solterona abandonaba sus ideas puritanas y alegraba ora con una flor ora con un bordado su atavío cada vez más primaveral.

— ¡Tía Aurora!, decía Germana. ¡Ahora sí que es usted enteramente digna del nombre que lleva! ¡Está usted deslumbradora! Pero no se rejuvenezca usted, añada con malicia, porque de nosotras dos, parecería yo la dama de compañía.

— ¡Oh, hija mía! Tu recomendación es innecesaria... Mi aurora no es más que una puesta de sol...

Sin embargo, esa protesta de la señorita Tiercín no era absolutamente sincera. Los artificios de las magas del vestir le quitaban de encima doce años por lo menos; y ella lo reconocía en su foro interno, contemplando con cierta timidez y secreta satisfacción la mujer que el espejo reflejaba: una dama en verdad agradable y elegante, con su faldita de cola, su rosa en la cintura, su rostro, algo empañado, encerrado en una pañoleta de tul que disimulaba los ajados contornos de la barba y del cuello, sus cabellos ahuecados, empolvados y peinados artísticamente, y sus ojos pardos que sonreían con expresión de grata sorpresa entre sus rasgados párpados... ¿Era aquélla la misma persona que dos meses antes se sentía tan oprimida, tan cansada, rumiando siempre ideas amargas en un salón ahumado y en una mañana de niebla? La señorita Tiercín apenas podía creerlo; tan rápido y radical había sido el cambio.

Las cosas, una vez decididas, habían marchado con la celeridad con que Germana sabía llevar los acontecimientos. ¡De prisa, de prisa! La casa de la ciudad abierta y arreglada al mismo tiempo que la habitación contigua alquilada por las señoras Duron-

cier... ¡De prisa, de prisa! Fumistas, carpinteros, pintores y ebanistas... ¡De prisa, al galope, a casa del cambalachero, del pintor, de la florista!.. Y en un abrir y cerrar de ojos, como quien dice, los dos pisos quedaban arreglados, cómodos, alegres, adornados con todo lo que puede ser grato a los ojos y hacer fácil y placentera la existencia.

¡De prisa, de prisa! Ahora los trajes de invierno, los abonos a los conciertos y a las conferencias, las asociaciones para las obras serias, piadosas y benéficas. ¡De prisa, de prisa! Sin perder momento visitas y tarjetas a los conocidos de otros tiempos. La señorita Tiercín reanudaba amistades enfriadas por la ausencia y las señoras Duroncier volvían a encontrar relaciones adquiridas aquí y allí, al través de la Francia. En un momento el círculo se extendía abarcando las sociedades más diversas de la ciudad, el ejército, la magistratura, la universidad, la banca y el alto comercio, y tocando hasta los confines de la aristocracia. La señorita Aurora facilitó su salón, que era más grande, para las recepciones comunes a ambas familias y en la pared medianera practicóse una puerta, con lo cual las dos casas no formaron más que una sola, animada por las continuas idas y venidas, las carcajadas y las canciones de Germana.

¡Qué Germana aquélla! Su tía improvisada considerábala maravillada como el tipo de una raza desconocida y encantadora. En verdad que en nada se parecía a la ingenua pasiva y modesta que para los contemporáneos de Aurora representaba el ideal de una joven; pero forzosamente había que querer en seguida a aquella muchacha valerosa que hablaba francamente, miraba de frente, quería con firmeza y parecía el buen sentido práctico de alegría juvenil. Una verdadera nieta de Moliere, que sabía lo que podía esperar de la vida y lo que la vida podía esperar de ella y que se preparaba tranquilamente para el porvenir utilizando lo mejor posible la hora presente.

«¡Cuán divertido resulta todo cuando por todo nos interesamos!», repetía Germana con frecuencia. Y éste era el secreto de su actividad asombrosa y de aquel contento interior que a todas partes la acompañaba.

Siempre la ocupación a que se entregaba parecía su diversión favorita, ora si se tratase de leer a Dickens y a Tennyson en sus textos originales, ora de tocar un nocturno de Chopin, o de seguir un curso de la Cruz Roja o de bailar un cotillón o de confeccionar un sombrero. La señorita Duroncier acumulaba las tareas más diversas en sus jornadas preparadas minuciosamente y cuyo programa no le hacía alterar una noche de baile; y lograba cumplir lo que proyectaba, como si tuviese veinte dedos, dos cerebros y piernas de repuesto y dispusiera de días de cuarenta horas.

La señorita Tiercín, arrastrada por ella, sacudía necesariamente su apatía. Germana, sin dejarle tiempo para respirar, lanzábala a una porción de empresas; y la buena solterona se encontraba haciendo tan pronto de secretaria de dispensario, como de apuntador de comedia, confeccionadora de canastillas y saquitos de lana, modista de polichinelas y modelo para los estudios de dibujo... Azorada en un principio, como gallina en el mercado, al encontrarse en medio del bullicio alegre de un salón en fiesta, pronto encontraba gusto en aquellos placeres como lo había encontrado en las pruebas de las modistas. Aurora no se divertía ya por procuración de la alegría de los demás, sino que se recreaba por cuenta propia. Privada de las menores distracciones en su juventud, conservaba por lo menos todas sus ilusiones y no estaba hastiada de nada; veía el mundo al través de lentes de color de rosa y lo juzgaba lugar de delicias calumniado por los predicadores que lo ignoraban sin duda, y en el cual florecían los más amables sentimientos de inocente sociabilidad.

Y estos sentimientos eran los que animaban su alma benévola y los que la hacían desempeñar su papel de dueña con entusiasmo, sin hacerse de rogar. La señora Duroncier, alegando la fragilidad de su salud, dejábase de buena gana substituir por ella y a fuer de madre previsora, alegrábase de la intimidad existente entre su hija y su amiga.

Menos cándida que la señorita Tiercín, la viuda conocía el reverso de la superficie mundanal, y sabía que el mérito y la gracia de Germana difícilmente compensarían la penuria de su dote. Y puesto que Aurora poseía una bonita fortuna y tenía un corazón generoso, era una extravagancia suponer que facilitaría el establecimiento de su sobrina adoptiva?

Y la señorita Duroncier se consideraba tanto más autorizada para abrigar esta esperanza, cuanto que todo el mundo consideraba esta hipótesis como cosa cierta.

(Se continuará.)



Madrid. Exposición de trabajos manuales de los Exploradores de España. - S. M. el Rey D. Alfonso XIII visitando la Exposición Vista de algunas instalaciones

MADRID. - LA EXPOSICIÓN DE LOS EXPLORADORES DE ESPAÑA

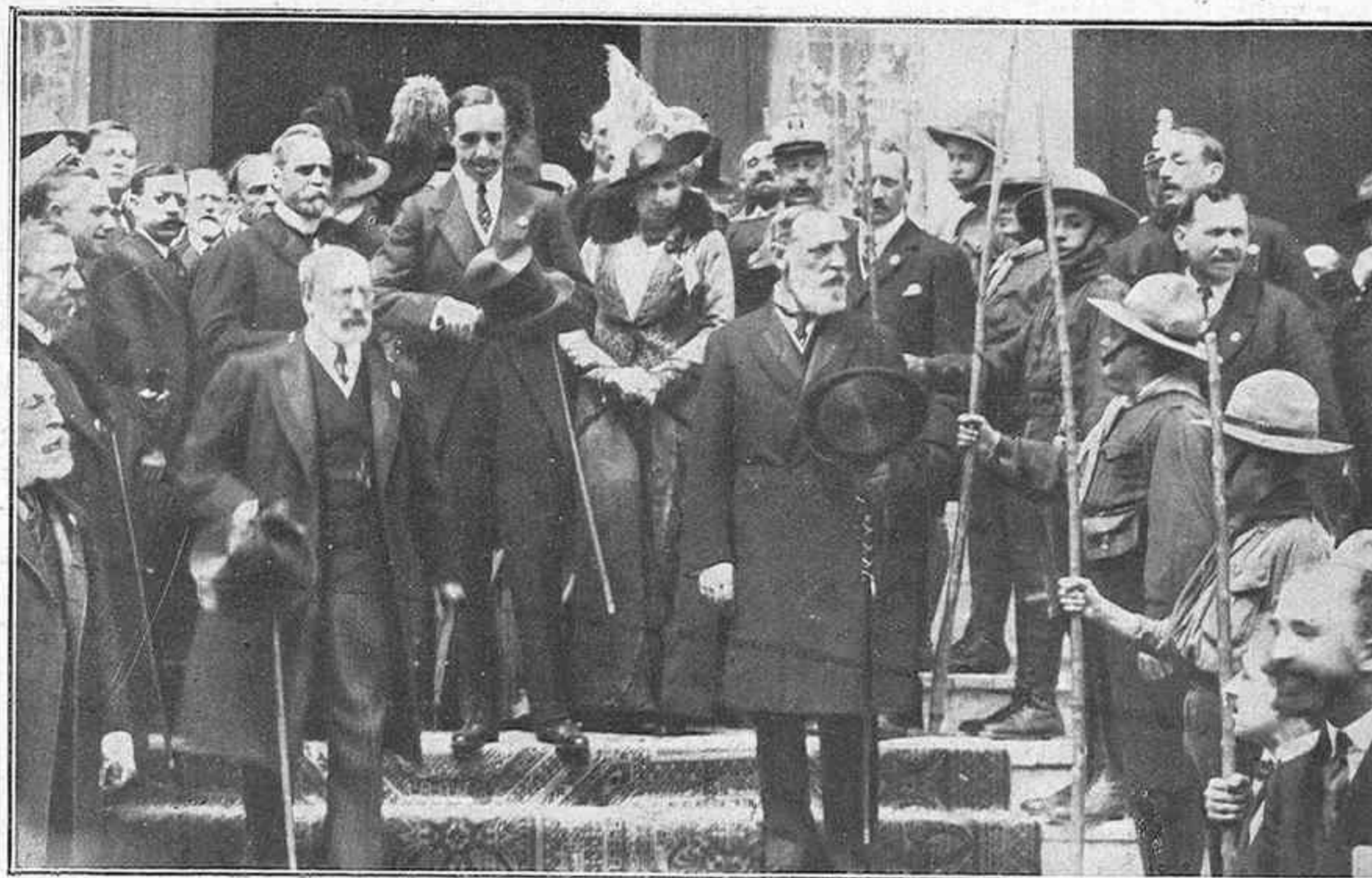
En el Palacio del Retiro se ha celebrado recientemente la Exposición de trabajos manuales organizada por los exploradores de España, con motivo de la Asamblea Nacional que ha con-

gregado en Madrid a los representantes que en las provincias tiene la simpática institución y en la cual se ha tratado de asuntos importantes para la misma. A la inauguración asistieron SS. MM. los Reyes D. Alfonso y Doña Victoria y S. A. R. la princesa de Battemberg, quienes fueron recibidos a los acordes de la Marcha Real, que ejecutaron las bandas de música de los boy-

scouts, por el ministro de la Gobernación, el gobernador civil, el alcalde, el duque de Tames, presidente del Comité Nacional de los exploradores, y otras distinguidas personalidades. Las augustas personas y sus acompañantes pasaron al salón principal de la Exposición, en donde el duque de Tames hizo en breves palabras la presentación de todos los delegados de los comités de provincias, que pasaban de cien, y a los cuales saludó D. Alfonso.

Terminadas las presentaciones, los Reyes y la princesa de Battemberg visitaron las instalaciones de los diversos distritos, en las cuales había muchos y muy notables objetos. Entre éstos merecen citarse especialmente un aeroplano de

cabaña, otro de camilla, un aparato para tomar fotografías a vista de pájaro, y numerosas e interesantes colecciones de fotografías, hierbas, minerales, cuadernos explicativos de excursiones, todos confeccionados por los exploradores. SS. MM. quedaron muy complacidos de su visita y terminada ésta se retiraron, siendo muy aclamados.



SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y D^a Victoria saliendo de la Exposición después del acto inaugural. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

MARRUECOS

FRATERNIDAD FRANCO-ESPAÑOLA

Para corresponder a la visita que al campamento francés del Muluya hizo el día 6 del mes pasado el comandante general de Melilla general Jordana, ha visitado recientemente nuestra posición del Zaio el general Baumgarten, jefe de las fuerzas francesas de Marruecos oriental.

Fué recibido el general Baumgarten por el general Jordana en el vado Safsafat del Muluya, y en seguida ambos generales con sus respectivos séquitos marcharon al Zaio, en donde fueron recibidos por los jefes de las fuerzas allí destacadas, mientras las bandas de música tocaban la Marsellesa. El general Baumgarten revisó las tropas peninsulares e indígenas y después visitó las dependencias de aquella posición. Terminada la visita, de la que

celebró el almuerzo, después del cual el general Jordana presentó al general Baumgarten a los jefes de las cabildos, a quienes dirigió la palabra haciéndoles ver la fraternal amistad existiente entre españoles y franceses que, de acuerdo en todo, les proporcionarán el bienestar y las ventajas de la civilización. Luego desfilaron las tropas delante de los generales y concluido el desfile el general Baumgarten y sus acompañantes regresaron al Muluya acompañados por un escuadrón y el tabor de Alhucemas.



El general Baumgarten, jefe de las fuerzas francesas de Marruecos oriental.



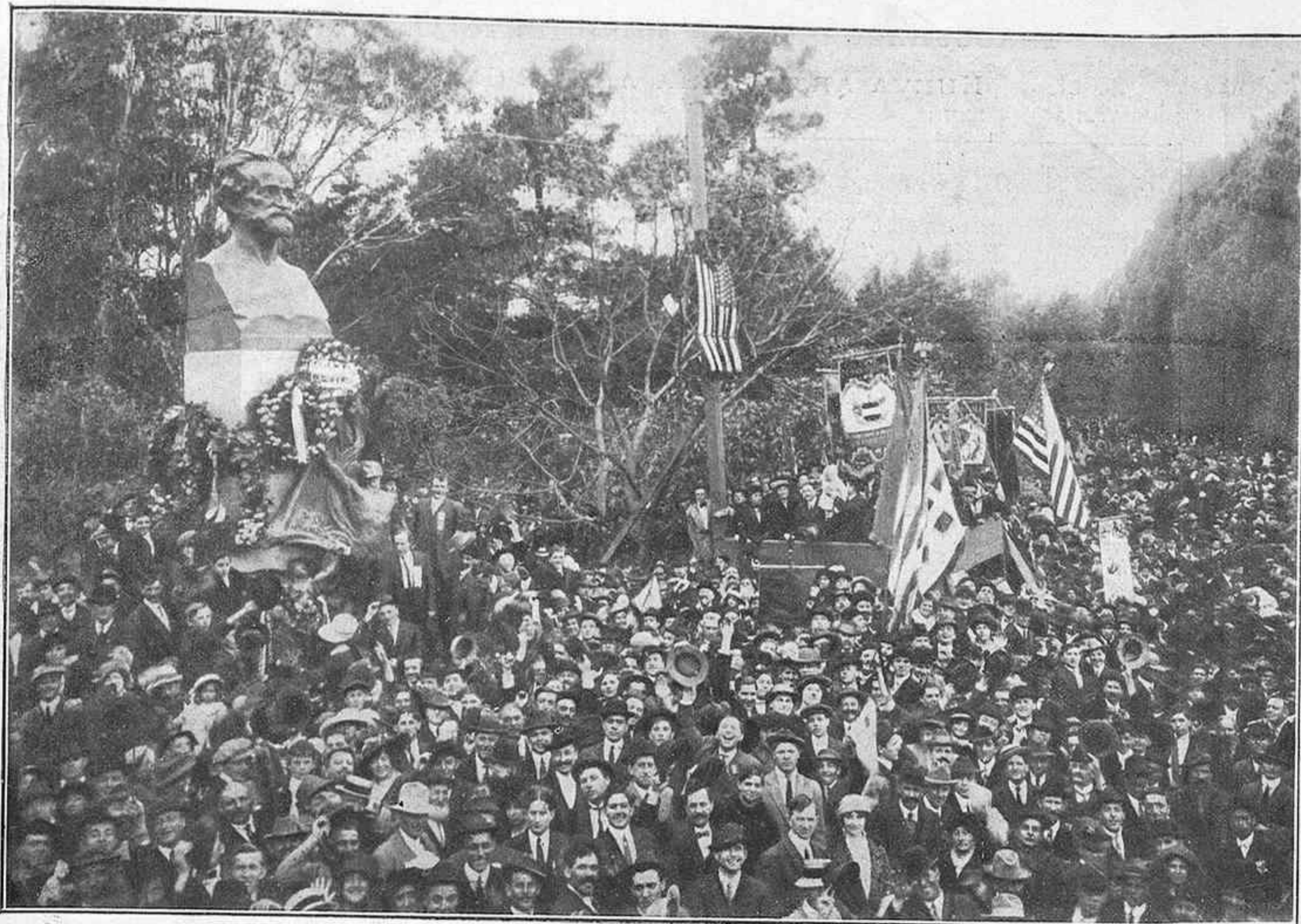
Marruecos. Fraternidad franco-española. - Entrevista de los generales Baumgarten y Jordana en el Zaio. Caídas jefes de cabildos que se presentaron a los generales en señal de sumisión. (De fotografías de Lázaro.)



El general Jordana, comandante general de Melilla

madera, un carro desmontable, una estación telegráfica Morse, otra óptica, una colección de nudos, una tienda de campaña, varios aparatos telefónicos, un taller de carpintería, otro para la fabricación de tapices, varias hamacas, una reproducción de una granja agrícola, un modelo de

de los generales y concluido el desfile el general Baumgarten y sus acompañantes regresaron al Muluya acompañados por un escuadrón y el tabor de Alhucemas.



MONUMENTO A VERDI EN SAN FRANCISCO

La colonia italiana de San Francisco de California, que es muy numerosa, quiso erigir en aquella ciudad un monumento al ilustre compositor José Verdi y al efecto abrió una subscripción pública, que dió excelentes resultados, y celebró un concurso, en el que fué premiado el proyecto del escultor milanés Horacio Grossoni.

El monumento, que se levanta en el Parque de la Puerta de Oro, uno de los sitios más bellos y frecuentados de San Francisco, se compone de una base de tres gradas y de un pedestal, en cuya cara principal se destacan algunas figuras alegóricas que representan: el Tiempo entregando a Verdi una corona, y dos graciosos niños desnudos simbolizando las nuevas generaciones que aportan también su tributo al glorioso maestro.

En el pedestal se lee la inscripción: *Al inagotable creador de melodías*; y a los lados hay escritos unos inspirados versos de D'Anunzio.

A la ceremonia de la inauguración del monumento asistió una multitud de más de diez mil personas y en ella pronunciaron elocuentes discursos, entre otros, el cónsul general de Italia Sr. Daneo y el diputado norteamericano J. D. Redding, el cual proclamó «que ningún otro país del mundo ha producido como Italia, en el transcurso de 2.000 años, una serie tan continuada de nombres inmortales en las páginas de la historia».

Un coro de más de quinientas voces entonó los coros más populares de las óperas de Verdi y la célebre *diva* Luisa Tetrazzini cantó las dos grandes arias de *Aida*.

Las entidades de la colonia italiana de San Francisco depositaron al pie del monumento numerosas y hermosísimas coronas.

Cuantos asistieron al acto felicitaron calurosamente al ingeniero Patrizi, director del diario *L'Italia*, que se publica en aquella capital, iniciador de la subscripción pública para el monumento y organizador de la fiesta con que se solemnizó la inauguración del mismo.

San Francisco de California. - Inauguración de un monumento al eminente compositor José Verdi, obra del escultor Grossani, erigido en el Parque de la Puerta de Oro de aquella ciudad. (De fotografía de Argus.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

FOR AUTORES O EDITORES

JUVENTUD ARGENTINA. MEMORIA. - Este folleto contiene la memoria reglamentaria leída en la asamblea celebrada el 24 de enero de este año y en la cual se exponen los trabajos y actos realizados por la Juventud Argentina desde su fundación y se contienen varios interesantes datos relativos a la marcha de esta entidad establecida en nuestra capital. Un folleto de 20 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Casamajó.

**

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO Y DEL HOMBRE. - En esta publicación, que constará de 50 cuadernos repartidos uno cada mes, se describirán los monumentos y los lugares más importantes y más maravillosos de las cinco partes del mundo, así de los producidos por la naturaleza como los debidos a la mano del hombre, acompañándose las descripciones con más de 1.500 grabados y tricromías reproducciones de fotografías recogidas en todos los países de la tierra. Hasta ahora se han publicado los dos primeros cuadernos, de 32 páginas cada uno, correspondientes a la primera parte, que trata del Asia, con numerosas ilustraciones y descripciones interesantes. Publíquese esta obra en Barcelona por la Editorial Ibérica de J. Pugas, S. en C.

**

EL CANAL DE PANAMÁ Y LA AMÉRICA ESPAÑOLA, por Federico Correa. - Conferencia dada en el Ateneo Hispano-Americano de Buenos Aires, en la que después de hacer la historia del famoso canal y de la expoliación cometida por los Estados Unidos, se consignan grandes censuras contra la indiferencia con que en la América española y aun en la misma Europa se mira la conducta de la República norteamericana, inspirada sólo en la ambición y en el egoísmo, y se señalan los peligros que tal indiferencia puede entrañar en lo futuro. Un folleto de 16 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta de L. M. Oucinde.

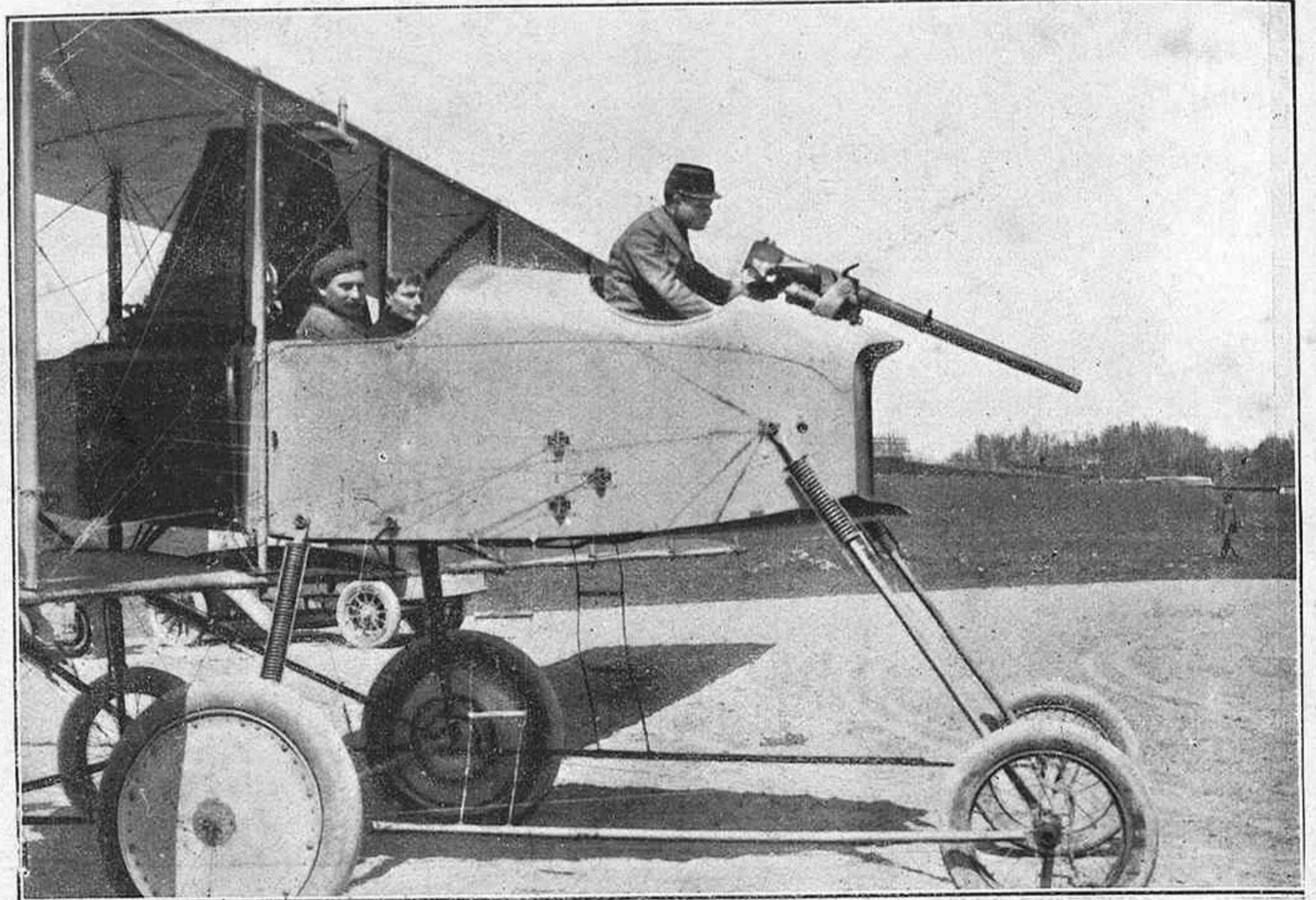
**

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ÁRBOL EN ESPAÑA. AÑO 1912. - Contiene este libro la descripción de todas las fiestas del árbol celebradas en España durante el año 1912 y muchos y muy interesantes artículos de distinguidos escritores dedicados unos a fomentar el amor a las plantas y a los árboles, y otros a estudiar problemas agrarios tan importantes como el del Banco Nacional, la conservación de bosques, etc. Un tomo de 152 páginas, impreso en Barcelona en la Imprenta Elzeviriana.

**

ESCUELA DEL SOLFEO. CURSO PRÁCTICO Y GRADUADO DE LECTURA MUSICAL DEBIDO A LA COLABORACIÓN ÚNICA DE MAESTROS NACIONALES. - La casa editorial de música de esta ciudad Musical Emporium ha publicado el segundo libro de esta obra, que constará de cuatro. Confiada esta publicación a una comisión técnica compuesta de músicos eminentes, ésta ha cumplido perfectamente su cometido reuniendo en este libro 85 ejercicios entresacados de los autores clásicos españoles y de la música popular y continuando en él, según el plan iniciado en el libro primero, la serie de ejercicios rítmicos y tonales que han de dar al alumno la firmeza de entonación necesaria para la ejecución perfecta de las diversas tonalidades. Este libro, que forma un volumen de 68 páginas, se vende a una peseta en rústica y a 1,20 encuadernado.

INAUGURACIÓN DE UN MONUMENTO AL AVIADOR GARRÓS
NUEVA ARTILLERÍA AÉREA. (De fotografías de M. Rol.)



El poeta Juan Aicard leyendo su discurso en el acto de inaugurar el monumento erigido en Santi-Raphael al aviador Garrós
Biplano Voisín armado de una pieza de artillería ligera

El día 23 de septiembre de 1913, a las cinco de la madrugada, el aviador Rolando Garrós emprendía el vuelo en Saint-Raphael-Frejus, en la costa francesa, y ocho horas después aterrizaba en Bizerta, habiendo recorrido 790 kilómetros sobre el mar, es decir, a una velocidad de cerca de 100 kilómetros por hora, y habiéndose mantenido durante todo el trayecto a una altura de 2.500 metros.

Todos los aviadores reconocieron unánimemente que aquel vuelo constituía la proeza más extraordinaria realizada en la aviación hasta aquel entonces, y Santos-Dumont, al tener noticia de él, expresó su admiración exclamando: «¡Es extraordinario, es loco, es admirable, es maravilloso!»

Para conmemorar aquella hazaña de la travesía del Mediterráneo, constituyóse un comité que acordó erigir un monumento en el mismo sitio en donde se elevó el famoso aviador.

Este monumento, que se inauguró el día 19 del pasado abril, consiste en un bloque de pórfido azul sobre el cual se alza el busto de Garrós, de un exacto parecido, modelado por Forestier, y en el que hay empotrada una plancha de bronce, obra de Patriarche, que representa la maravillosa perspectiva del admirable golfo de San Rafael, con el buque de guerra francés *Foudre* en primer término y el centro de aviación de Frejus en el horizonte.

El acto de la inauguración del monumento fué presidido por la gran duquesa de Mecklem-

burgo, por el príncipe ruso Lieven, por los coroneles ingleses Brook y Call y por los alcaldes de Saint-Raphael y de Frejus, y a él asistieron las notabilidades de la región, multitud de aviadores y un público numerosísimo.

Pronunciaron elocuentes discursos el Sr. Ducret, presidente del comité organizador; los citados alcaldes, la gran duquesa de Mecklenburgo y el inspirado poeta y miembro de la Academia Juan Aicard, quien entonó un hermoso himno a la navegación aérea y a la hazaña realizada por Garrós.

El homenajeado no pudo llegar hasta el final de la ceremonia, a causa de una *panne* del automóvil que le conducía desde Mónaco; llevado en triunfo hasta el monumento, fué calurosamente aclamado.

En distintas ocasiones hemos hablado de los servicios militares que pueden prestar los aeroplanos. Recientemente se ha dotado a algunos de estos aparatos de cañones y los ensayos efectuados con esta nueva artillería aérea han dado excelentes resultados. El grabado adjunto representa un biplano Voisín de 75 metros de superficie con una pieza ligera de 37 milímetros que dispara proyectiles que contienen 400 gramos de melinita. En el aparato van un oficial piloto, un oficial observador y un artillero encargado de disparar el cañón.

Notable publicación **EN PRENSA** **LA DIVINA COMEDIA** por Dante Alighieri

Traducida y anotada por el reputado académico D. CAYETANO ROSELL, conteniendo además un prólogo biográfico-crítico escrito por D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH. - Edición ilustrada con la reproducción de 110 composiciones dibujadas por el notable artista inglés JUAN FLAXMAN.

LA DIVINA COMEDIA, por Dante Alighieri, se publicará en cuadernos semanales de *cuatro reales* uno, los cuales constarán de 8 pliegos de 8 páginas de texto, conteniendo asimismo la reproducción de las celebradas composiciones de J. Flaxman en número de 110.
La edición se imprimirá esmeradamente sobre papel *couché* y constará de unos 10 cuadernos de 64 páginas de texto con las ilustraciones de J. Flaxman.

ZÜRICH

GRAN HOTEL VICTORIA
Bahnhofsplatz
Casa de primer orden para familias. - Restaurant.
Prop. A. Kummer-Wenger.

EL INGENIOSO HIDALGO
Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA
SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **PILAVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN